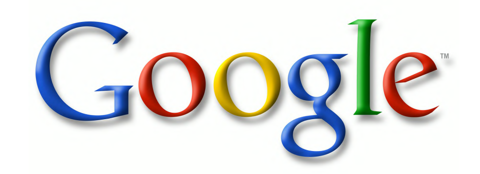
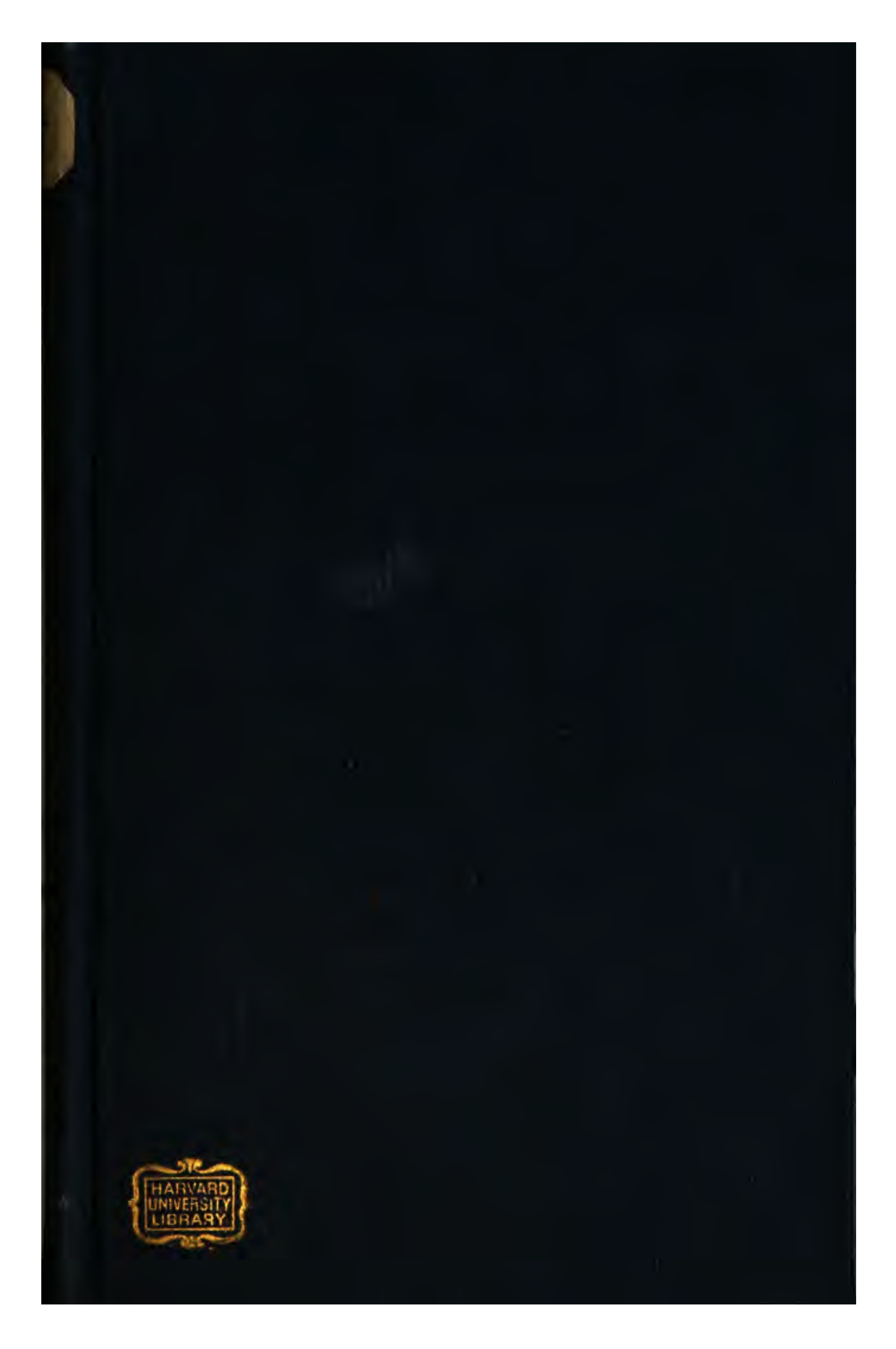



HARVARD
UNIVERSITY
LIBRARY

FABULAS MORALES

DE

D. FRANCISCO JAVIER BALMASEDA.

Al Sr. Dn. Joaquin Casanueva, en prueba
i la mas cordial estimacion.

J. J. Balmaceda.

FABULAS MORALES

DE

D. FRANCISCO JAVIER BALMASEDA,

Miembro de la Real Sociedad Económica de la Habana, de la Seccion de Historia, Ciencias y Bellas artes, y Director de la Seccion de Literatura del Liceo de la misma ciudad.

TERCERA EDICION,

CORREGIDA, AUMENTADA Y CON NOTAS DEL AUTOR.

Esta obra ha sido señalada de texto forzoso de lectura en las escuelas de la isla de Cuba por decreto del Excmo Sr. Gobernador Capitan General, de 23 de Junio de 1863.

HABANA.

IMPRENTA "LA ANTILLA,"

CALLE DE CUBA N.° 51,

1863.

Gobierno Capitania General y Superintendencia Delegada de Hacienda de la siempre fiel Isla de Cuba.

Secretaría de Gobierno.—Con esta fecha dice el Excmo. Sr. Gobernador Superior Civil á los Presidentes de las Comisiones Provinciales de la Habana y Cuba lo que sigue:—"En vista de la solicitud de D. Francisco Javier Balmaseda para que se recomienden las Fábulas morales que ha compuesto y publicado, he tenido por conveniente oir á la Excma. Inspeccion de Estudios, que en sesion del 28 me informa lo siguiente:—Excmo. Sr.—D. Francisco Javier Balmaseda, autor de una coleccion de Fábulas morales que acaban de publicarse en esta ciudad, las ha presentado al Excmo. Sr. Vice-Real Protector para que examinadas por esta Corporacion, si en su concepto la mereciesen, se recomienden á los institutos de enseñanza primaria, á fin de que sirviendo en ellos de texto de lectura en verso, concurran además por las máximas morales que contienen á formar y mejorar el corazon de la niñez; y cometido su exámen á la Seccion 1ª, va desde luego á presentarla el resultado final de sus observaciones.—Nada es tan difícil en la literatura como las fábulas, y la misma sencillez, la misma naturalidad y el mismo candor distintivo que exigen, es un obstáculo insuperable para llegar, no al bellísimo modelo que nos legó el genio de Lafontaine; pero ni aun al de sus felices imitadores nuestros célebres compatriotas Iriarte y Samaniego. He aquí por qué son tan dignos de aprecio los escritores que se dedican á este género de literatura que desdeñan algunos por insípido, sin tener cuenta que en esa misma llaneza del estilo está la dificultad, porque se corre el riesgo de que alzando el tono se peque en hinchado, y que bajándolo toque en humilde y trivial. De ambos estremos ha huido el apreciable escritor D. Francisco Javier Balmaseda en su presente coleccion de Fábulas: la facilidad del estilo, el tinte local con que las ha vestido, y la concision y belleza del pen-

samiento moral que cada una encierra, las hacen acreedoras á una recomendacion especial, y prescindiendo de los arranques y adornos líricos esparcidos en algunas de las Fábulas podrian entrar sin ningun inconveniente á ocupar un lugar muy distinguido entre las mejores que sirven de texto en los colegios; por todo lo cual, la Seccion primera las cree de suma utilidad y dignas por todos títulos de recomendarse su lectura y circulacion en los institutos de enseñanza, para provechoso entretenimiento de la juventud. Y de conformidad con el informe que antecede, lo traslado á V. S. á fin de que por esa Comision se recomiende la obra como útil auxiliar de la instruccion primaria."—Y lo traslado á V. de órden de S. E. para su conocimiento y satisfaccion.—Dios guarde á V. muchos años.—Habana 14 de Junio de 1859.—El Secretario en comision, *Miguel Suarez Vigil.*—Sr. D. Francisco Javier Balmaseda.

PROLOGO DEL AUTOR.

Las fábulas morales parecen inventadas de profeso para instruir á los niños: el atractivo de la rima, ó la armonía del verso; la novedad que siempre les ofrece ver hablando y raciocinando los animales, lo ligero del plan, y hasta lo jovial y sencillo del estilo; todo contribuye á despertar su curiosidad, á fijar su atencion y á incitarles á aprender agradablemente y sin advertirlo, verdades muy importantes. No hay un niño que no las recite en la escuela, ó en el hogar doméstico, lo cual demuestra su natural inclinacion á este género de producciones.

Es indudable el gran servicio que las fábulas prestan á la causa de la enseñanza: la semilla que penetra en lo hondo del surco siempre produce abundante fruto; así una buena máxima, ó una prudente advertencia, aprendida en la infancia, nos sirve de guia, jamás la olvidamos, y muchas veces nos da la voz de alarma en medio del peligro. Mis lectores comprenderán que me refiero á las fábulas en general, no á las mias; es decir, á las racionales, morales y mistas, diferencia que establece el erudito Luzan para distinguirlas de la épica y de la dramática. Respecto á las que componen este libro no aspiro á presentarlas como modelos; bien sé los imposibles

que hay que vencer para llegar por tan áspera senda siquiera á la mediania; esta dificil sencillez es casi insuperable, y de ello es una prueba el cortísimo número de verdaderos fabulistas que poseen las naciones. Francia cuenta muchos poetas, muchos oradores, muchos hombres de genio, astros brillantes del claro cielo de la inteligencia, que todo lo han recorrido, desde la sencilla égloga hasta los sorprendentes cuadros de la tragedia; desde la epístola familiar hasta el campo de la mas elevada elocuencia; y con todo, Francia solo tiene un Lafontaine. Hagamos además una observacion: Lafontaine se hizo digno de la inmortalidad escribiendo óperas, cuentos, tragedias, comedias, novelas; dejó, dice Mr. de Walcecaenar, admirables muestras en el poema épico, en la elegía, la epístola y la poesía ligera; pues bien, nadie se acuerda de esas producciones de su peregrino ingenio para fijarse en el lauro del apólogo. ¡Tan valioso es este sobre todos los que brotan en el campo de las letras! ¿Pero qué mucho cuando Grecia solo nos presenta á Esopo y Roma á Fedro? Por cierto que seria en mí una vanidad la mas necia pretender el renombre de fabulista; ni lo soy, ni espero serlo; y si hubiera podido vencerme, jamás hubiera penetrado en este encanto, como llama Lafontaine al apólogo, ó hubiera salido de él asombrado de tan increible grandeza contenida en tan breve espacio.

Hecha esta confesion ¿quién me obliga á publicar mis producciones en un género tan difícil, por lo mismo tan poco cultivado, y en que se estrellan los mas claros talentos? Lector: en el estado actual de las ideas morales mi pais carecia de una obra bajo el plan de la presente y he cubierto la falta lo mejor que me ha sido posible: los hombres tenemos el deber de servir á la sociedad en lo que podamos: no basta no hacer el mal, es preciso esforzarse por hacer el bien, aun cuando nuestros esfuerzos sean infructuosos. La felicidad pública es

un edificio que es muy glorioso afanarse por engrandecer, ¿qué importa que no labrémos hermosos sillares? dichoso el que llega á colocar en él un grano de arena; hasta pretenderlo inútilmente tiene algo de noble y de digno, que hace disimulable la mayor insuficiencia.

Sin ofensa del ilustre cuerpo de profesores de la Isla, al cual se deben los adelantos que se advierten en ella en todos los ramos de los conocimientos primarios y que es aun mas acreedor á la gratitud general porque se forma de obreros de la civilizacion que trabajan casi siempre sin recompensa; observarémos que hay algunos que creen cumplir su deber enseñando lectura, escritura, aritmética y algun otro ramo accesorio. Su verdadera mision, la santidad del magisterio, esa especie de sacerdocio que miéntras mas ilustrada y felïz es una sociedad mas lo eleva sobre el nivel comun, consiste en formar corazones, en cultivar las nacientes inteligencias procurando presentarles la verdad de las cosas, lo feo del vicio, lo hermoso de la virtud. ¡Cuán á propósito es para esto el sistema esplicativo que abre las puertas para tratar fácilmente todas las materias posibles! Un educador hábil siempre lo estimará como indispensable para llevar á cabo su obra, que sin él será tardía é incompleta. Sucede, sin embargo, digámoslo francamente, que la clase de lectura, una de las mas importantes de los colegios, suele confiarse á jóvenes que no siempre son capaces de raciocinar con acierto sobre aquellos puntos que abraza el escrito leido por el niño, al que no se le dá, ni se le pide, la esplicacion conveniente. Habiendo notado esta falta, á propósito de la lectura de mis fábulas en varias escuelas, me propuse escribir las notas que ahora ven la luz, las cuales pueden suprimirse sustituyéndolas cada educador con otras de su cosecha, ó servir para ejercicios de lectura en prosa. Por medio de útiles

esplicaciones del pensamiento de cada fábula, claro es que se pueden pintar todas las pasiones que forman nuestra grandeza y que mal dirijidas nos conducen á la desgracia, se puede, dando el niño á su modo esas esplicaciones, graduar el estado de sus conocimientos, su capacidad intelectual, su inclinacion al bien ó al mal, que tanto importa conocer; y se puede, en fin, lograr en parte lo que mas interesa á la sociedad, que de las aulas, que de los colegios, salgan hombres morigerados, amantes de lo justo y de lo verdadero.

Me parece tambien de suma importancia, mucho mas en un pais donde la inteligencia es tan precoz, que el niño, puesto que su destino es llegar á ser hombre y como tal miembro de una sociedad que encuentra organizada con sus virtudes y sus vicios, conozca algo á los hombres. Es este el estudio de sí mismo; bastante difícil, no queda duda, pero el mas necesario, desde que se aproxima la adolescencia. ¡Qué daños tan terribles causa la preocupacion empeñada en que los jóvenes hagan su aprendizaje en el mundo! ¡Cuántas víctimas lleva inmoladas á su bárbaro capricho! Inspira lástima ver á los mas aventajados discípulos de escelentes colegios incapaces de dar con acierto un paso en la vida práctica, despojados completamente de esa tintura del mundo que no cesaré de recomendar. ¿Por qué se teme hablar á los niños, por ejemplo, de la envidia, de la ingratitud, del ocio? hábleseles igualmente de la emulacion, del agradecimiento, del trabajo; que comparen, que analicen, que se acostumbren á pensar: la ignorancia es fea y oscura: la inteligencia humana no puede admitirla como parte de un sistema de enseñanza, que viene á suprimir lo mas sustancial, el conocimiento del hombre por el hombre mismo. ¡Oh vosotros los que dirijis á la juventud! á ningun niño debeis dejar adrede en las tinieblas de la ignorancia. El alma, desde que comienza á desar-

rollarse la razon, necesita la luz de los conocimientos, necesita un trabajo proporcionado que gradualmente se aumente, á la manera que las fuerzas que se adquieren en el gimnasio. No enseñareis cosas inmorales, demás está decirlo; pero es tal la importancia del estudio que recomiendo que la vida toda de vuestros discípulos, y aun la de vosotros mismos, es poca para completarlo. Mirad, pues, si merece reprobacion vendar una criatura racional, y solo quitarle la venda cuando desprovista de toda defensa le arrastra el torbellino. de las pasiones. El que ignora como debe conducirse en el mundo lo ignora todo, y si bien se examina, esta es una verdadera ciencia, la mas importante, porque es la ciencia que hace á los hombres virtuosos y felices. ¿Se dirá que pretendo encontrar en los niños la comprension suficiente para hablarles de cosas dignas del estudio del filósofo? No es ese mi propósito. El apólogo es de suyo sencillo, al alcance de las mas limitadas inteligencias; suprímase mi comentario, si pareciese impropio, hágase otro; lo que importa es el sistema, lo que importa es que la educacion vaya á par de la instruccion y que los niños se acostumbren al análisis. He escrito esos que he llamado comentarios como si me dirigiese, no á la infancia propiamente dicha, sino á ese período de la vida inmediato á aquel en que invaden el corazon las turbulentas pasiones, período harto temprano en nuestro clima y en que todo padre prudente debe temblar por la suerte de sus hijos. Sí, debe temblar, principalmente en las grandes ciudades, donde el halago del vicio, las malas compañías, y otros mil inconvenientes, conspiran á la perversion de las costumbres. No obstante lo dicho, esta obra no estará de mas en manos de un tierno infante, pues repito que la fábula se halla al alcance de las mas limitadas inteligencias; y no estará de mas tampoco, me atrevo á asegurarlo, en manos de cualquier hombre.

Debo advertir que en varias fábulas he puesto en juego diferentes animales y plantas que solo son conocidos en Cuba, lo que las da colorido local. He tenido presente que escribia para la juventud cubana y que la verdad carece de carta de domicilio, es una y pertenece á todo el mundo y á todos los hombres, donde quiera y como quiera que se insinue. Si he incurrido en un defecto, confieso que seré incorregible. Por otra parte: dado que mis fábulas tuviesen el mérito de que están léjos, éste siempre seria el mas bello título de gloria para mí, puesto que contribuiria á dar á conocer el suelo en que he nacido. Es tan rica, tan espléndida la naturaleza en Cuba, que parece imposible mirarla con indiferencia bajo su cielo transparente y contemplando los magníficos paisages de sus campos y la variedad de sus pájaros, árboles y flores. Ademas, si cada pais tiene sus costumbres, unas buenas y otras defectuosas; ¿cómo podrán los escritores empeñarse en la reforma de estas últimas alejando de la escena las cosas propias del mismo pais? La literatura en este caso no podrá ser la espresion del sentimiento comun del pueblo para el cual se escribe, ni tendrá aquella justa influencia que le corresponde en la direccion de las ideas. El sacrificio de la parte descriptiva, por temor de que parezca vulgar el pensamiento, es inadmisible en la fábula, la destruye; ésta gusta de cuadros sencillos y pronto se localiza, si es espontánea. De mí sé decir que si tuviera la pluma de Walter Scott me ocuparia con preferencia de asuntos puramente cubanos, como él se ocupó de los de Escocia, pintando en sus célebres novelas aun las mas sencillas costumbres pastoriles. Cuba no posee literatura especial; pero sí muchas cosas dignísimas de ser descritas; desdeñarlas los literatos cubanos es lo mismo que querer subir á la elevada cumbre bajando á lo mas hondo de la llanura. ¿Qué provecho le traerá al niño la lectura de una fábula en que figuran animales

que no conoce? Siempre á sus ojos aparecerá la verdad; pero muy descarnada, sin aquel interes que hasta con relacion á los hombres nos inspiran los que nos son conocidos cuando se nos refieren sus acciones. La fábula, ademas, tiene un *no sé qué*[por el cual he suspirado con poquísima fortuna] sacado de los instintos y de las costumbres de los animales, en virtud del cual parece cierto aquello mismo que sabemos que es pura invencion poética, y estimamos como muy natural que hayan hecho y hablado los brutos lo que les atribuimos; esto equivale á la *vis* cómica del autor dramático. No basta referir en verso armonioso que un animal dijo, ó ejecutó tal cosa, porque en semejante caso todos serian fabulistas: es necesario que la diga y la ejecute de cierta manera que le sea propia, con tal naturalidad y facilidad que nos figuremos estarle viendo y oyendo. ¿Cómo procurar esto hablándose de seres desconocidos? ¿Cómo habrá verosimilitud, si tomando por lugar de la escena cualquier pais, enlazamos, por ejemplo, la frondosa vid con la gallarda palma, producciones de distintos climas? Esto seria poco ménos que presentar los delfines en el bosque contra el precepto de Horacio y la sana razon. El arte, por regla general y muy sabida, debe imitar la naturaleza; miéntras mas se le acerque mas completa será su obra.

Estoy dando á conocer mi pequeñez, si la crítica juiciosa me juzga por mis propias indicaciones, puesto que me muestro conocedor de dificultades que no he vencido; pero ya he dicho que he buscado en vano ese *no sé qué* de que he hablado; si quereis conocerle, arrojad mi libro, id con Lafontaine. No os figureis tampoco que desconozco lo útil de la lectura de las fábulas escritas en Europa con aplicacion á la enseñanza pedagójica en Cuba [á la que únicamente me refiero] aunque en ellas no se hable de *cocuyos* y *de palmas*; no creo que se me considere

tan injusto y necio. España nos brindará á Samaniego, Iriarte, Hartzembusch y Príncipe, y no podremos ménos de amar y admirar tan claros ingenios.

Voy prolongando este prólogo mas de lo que esperaba; ya es tiempo de que no abuse de vuestra bondad y de que termine pidiendoos tres cosas. Primera: que no lleveis á mal la novedad que he introducido escribiendo estas notas, con las cuales, dándoles alguna laxitud, he podido formar aparte una especie de tratado moral sobre las pasiones. No digais que hay cierto desórden en su conjunto, porque á la fuerza he tenido que tratar diversas materias no eslabonadas, y confieso que lo he hecho segun las impresiones del momento. Solo hay una idea dominante tanto en las fábulas como en las notas: engrandecer al hombre y consolarle en sus amarguras, señalando algunas reglas que pueden servirle de algo en su empeño por buscár la felicidad, de que á menudo se separa voluntariamente. Podeis dejar las notas á un lado, si gustais, que no hacen falta á la obra; pero aunque no las reputeis dignas de ser leidas y meditadas siempre suponen un trabajo que no se ha tomado hasta ahora ningun fabulista. Á la verdad, estoy lleno de desconfianza, especialmente respecto á las notas, por la brevedad con que las he escrito. Habia proyectado un trabajo parecido al que publicó Eduardo Young dedicado á la reina de Inglaterra; pero no para descorrer el velo á las miserias humanas, como hizo el autor de las "Noches lúgubres;" sino para probar que en cierta manera el hombre es árbitro de su suerte, que él mismo por lo regular se labra su infortunio, que puede aspirar á la felicidad, hasta donde ésta es posible en el mundo y que esa felicidad consiste en el ejercicio de la virtud, y, como decia Sócrates, en la moderacion de los deseos. (1) Abrigaba esa idea cuando se me

(1) La palabra virtud comprende muchas cualidades necesarias á la dicha, entre ellas el amor al trabajo.

ocurrió escribir estos comentarios y llegó á mi noticia que la Ecxma. Inspeccion de Estudios habia propuesto al Excmo. Sr. Gobernador Capitan General de esta Isla que se adoptaran mis fábulas como texto forzoso de lectura en las escuelas municipales, en las que ya lo estaban como auxiliar desde 1859, ántes de que los hubiese forzosos. No podia serme indiferente la idea de influir de algun modo en el bien de la juventud: inmediatamente puse manos á la obra y la he terminado en pocos dias. Segunda: que me perdoneis el colorido local, si lo estimais como un defecto: á este libro le vendria bien el título de "Fábulas cubanas;" mas yo, francamente, estoy muy distante de convenir en que este sea un defecto. Fuera de Cuba, se me dirá, carecen de interes muchas de mis producciones; pero ¿debo aspirar á la gloria de que sean leidas en Europa? No por cierto, y si lo fuesen, por uno de esos caprichos de la fortuna que suelen decidir de la suerte de un libro, el voto de los inteligentes estaria á mi favor, porque el colorido cubano, si yo tuviera estro y maestria, podia haber dado á mis cuadros cierta novedad, cierta originalidad y frescura que serian indudablemente muy estimadas en el antiguo mundo por todos los conocedores de la índole peculiar del apólogo. Basta, pues, de disculpas por lo que, si bien se mira, no debia darlas, y pasemos á la tercera cosa que tenia que pediros, á saber: que me trateis con bondad: he procurado con trabajo asíduo ofrecer á mi pais una obra dígna de su ilustracion; y no porque contenga numerosos defectos dejo de considerarme acreedor á ser juzgado con indulgencia, que no todos los hombres logran aquello que intentan, ni puede afearse lo inútil del esfuerzo en cosas tan difíciles.

Habana 18 de Junio de 1863.

EL POBRE Y LA HORMIGUITA.

Ya próxima la tarde, un pordiosero
Tenia un vaso de leche solamente,
Que le dió compasivo un buen lechero:
Apretado del hambre crudamente
Iba á apurar ansioso
El néctar de la vaca sustancioso,
Cuando por la pared muy fatigada
Bajaba una hormiguita á su granero
Conduciendo ¡oh qué fuerte animalito!
El pesado cadáver de un mosquito.
Dió la pobre un mal paso
Y resbaló y cayó dentro del vaso.
"¡Oh! dijo para sí llena de susto:
Estoy entre un abismo y otro abismo;
Me ahogo en este mar, ó con sus olas
Voy al buche de este hombre, que es lo mismo.
¡Ay de mí, desgraciada, ay de mí, triste!
¡Ayer nací, y hoy la fiera suerte
Me ha traido á los brazos de la muerte!"
En su afan por salvarse ya queria
Caminar como en tierra por la espuma
Y con angustia suma
Ya nadaba, paraba, ó se volvia,
Señalando por causa de su pena
La virtud del trabajo santa y buena;

2

O ya el cristal tocaba
Pugnando por subir y resbalaba.
¡Cuánto puede el amor de la existencia
Que dió al irracional la Providencia!
Su obra sea bendita,
Quien hizo al hombre hizo la hormiguita
Y en todo sabio, grande, sin segundo,
Hizo la flor, la luz, el ave, el mundo.
¡Oh! la náufraga triste, sin aliento,
Dicen que iba contra mar y viento,
Cuando advirtió gozosa
Una isla cerca, y de placer henchida
Bajó á tierra llamándose dichosa.
¡Esperanza insensata!
Era un pedazo de la blanca nata
Que nadaba en el líquido, cual suele
El témpano fluctuante
Que allá en el polo helado
Tanto teme encontrar el navegante.
En esto el pordiosero toma el vaso
Y lo lleva hácia el labio......¡se detiene
Y en mirar á la hormiga se entretiene!
¡Cómo! ¿A observar la escena le convida?
¿Miembro de la creacion advierte atento
La lucha de la muerte con la vida,
Lucha del mal y el bien comun al hombre,
O halla dulce solaz y esparcimiento
En tan mortales ánsias y amargura?
No, ya le acerca el dedo á la cuitada
Que subiendo por él queda salvada.
¡Oh, tú mi bienhechor de alma grandiosa!
Así esclamó la agradecida obrera,
¿Qué te mueve á una accion tan generosa?
El Pobre respondió de esta manera:

Te lo diré, oh amiga,
Y estoy temiendo que razon me sobre;
Los apuros del pobre
Son como los apuros de la hormiga.
No los conoce ni comprende el rico
Pues vive en la abundancia...... ciertamente
Cual yo moviendo un dedo solamente
Te libré de morir, de igual manera
Si el rico al pobre diera
Solo sus desperdicios
¡Oh cuántos ahorraria
Lágrimas, penas, crímenes y vicios!
¡Cuánto á mí me valiera
Un pedazo de pan que ahora tuviera?
Oh! tanto como á tí, pobre Hormiguita,
En medio de la leche una pajita.
Ricos, oid al pobre lo que dice
Y mitigad su fiero sufrimiento:
Mirad que Dios la caridad bendice,
Mirad que paga Dios por uno ciento.

Esplicacion del pensamiento moral de esta fábula.

Los ricos no deben olvidarse de las crueles privaciones y sufrimientos de los pobres. Será verdaderamente feliz aquel que ahorre siquiera de lo superfluo para socorrer á sus semejantes, porque disfrutará de goces casi celestiales.

EL RAMITO DE ORO.

Una niña graciosa,
Graciosa y muy bonita,
Que leyó cuidadosa
La fábula del *Pobre y la Hormiguita*,
Un peso que tenia
Se lo dió de limosna una mañana
A una ciega y enferma y pobre anciana.
Bendíjola la abuela
Bañada la infeliz en tierno lloro
Y la niña partió para la escuela;
Mas ¡cosa singular! ¡oh qué ventura!
Un ramito de oro
Encontró colocado en la costura.
¿Quién lo puso? Hasta ahora
Quién lo puso se ignora.
Pasaron dos semanas y María
(Que así la bella niña se llamaba)
Como un ángel de amor se distinguia,
Cuando oyó referir la lastimosa
Historia de otra niña
Que por la desnudez en que se hallaba
De la escuela faltaba:
El corazon sintiendo conmovido
La vió, la consoló, la dió un vestido.
En verdad que aquel fué para María,

Que era tan compasiva y bondadosa,
El mas risueño dia
Seguido de una noche deliciosa.
¡Oh, qué cosas soñó todas tan bellas!
Desde el regazo de su dulce madre
Entre aromas y luz, fuentes y flores
Vió la sombra querida de su padre
Que murió de la vida en los albores,
[¡Oh, ¿qué importa el morir? ¡cielos eternos!
Mejor se vive en los recuerdos tiernos]
Y cuando despertó vióse bañada
En lágrimas de amor, que es grato lloro,
Y bajo la almohada
Halló contenta otro ramito de oro.
¿Quién lo puso? hasta ahora
Quién lo puso se ignora.
¿Seria el ángel custodio, pues el cielo
Paga ciento por uno;
O el maternal anhelo
Tan tierno y oportuno?
Isabel, niña inquieta y ambiciosa,
Desaplicada, altiva y envidiosa
Creyendo lo primero
Quiso engañar al Dios de lo creado.
¿Engañarle? ¡qué necia! ¿no sabia
Que no hay para él secreto impenetrable,
Que ve ante sí el futuro y el pasado,
Los mundos del espacio inmensurable,
La gota de agua que la nube envia,
O el átomo que vive solo un dia?
Tomó todas sus prendas
Sin decirlo á su madre, ¡oh falta grave!
Que el puro amor á la confianza obliga
Y es una madre la mejor amiga,

Y se las dió á un gran pillo que pasaba
Por la calle pidiendo y remedaba
La descarnada y mísera indigencia.
El infame ratero
Ofendiendo la ley con su presencia
Robaba el pan del pobre verdadero.
Isabel dando saltos muy contenta
Decia para sí: clara es la cuenta,
Mañana tempranito
No habrá motivo de mi envidia y lloro;
He de tener por cierto, no un ramito
Sino un racimo de ramitos de oro.
Todos sabrán que una limosna he dado
Y mi nombre será muy ensalzado,
Y las niñas dirán ¡vaya, qué cosa!
Es mejor que nosotras esta niña
Pues que más que nosotras es dichosa.
Pasó la noche inquieta, y aun no habia
Asomado la luz del claro dia
Cuando de gozo dilatado el pecho
Quiso dejar el lecho
Y bajo la almohada
Buscó el racimo de ramitos de oro:
¡Oh niña desgraciada!
Un terrible escorpion cien y cien veces
La mordió de ira lleno
Y discurriendo de la mano al seno
Y del seno á la cara, en un instante
Tornó en cárdeno y feo su semblante.
Estuvo enferma un mes ¡leccion tremenda!
Hasta llegó á temerse por su vida;
Mas de su proceder arrepentida
Siguió á la falta provechosa enmienda.
¿Seria casualidad? ¿Seria castigo

Del irritado cielo?
Sobre esto nada digo;
Mas, oh jóven cubano,
Tiéndele siempre al infeliz la mano,
Y haz el bien dignamente, por completo:
La limosna por Dios santificada
No se ha de dar con mira interesada,
Ni en público pregon, sino en secreto.

La limosna debe darse en secreto y sin mira interesada, bastando como recompensa amplísima aquella inefable satisfaccion que dejan en el alma las buenas acciones. Tambien el filántropo debe tener palabras de consuelo para el desgraciado, porque, como ha dicho Jesucristo, no solo del pan vive el hombre.

MAS SOBRE LA LIMOSNA.

EL MENDIGO QUE SE ENCONTRO UN TESORO.

Era Lúcas del Trigo
Un infeliz mendigo
Que se encontró un tesoro muy valioso
Y fué en aquel instante un poderoso.
¿Dió algo de limosna? No; decia
Que esto la ociosidad favorecia,
Y al ver en su morada al indigente
Se llenaba de cólera insolente.
Mas ¡ay! que le asaltaron los ladrones
Y le llevaron todos sus doblones.
El rico debe al cielo su riqueza,
Páguele haciendo bien ántes que cobre:
¡Feliz aquel que puede en su grandeza
Ser como Dios, el bienhechor del pobre!

A varias personas he leido estas fábulas que tratan de la limosna: unas me han dicho que debe darse con mucho miramiento, porque es notorio que se abusa de la caridad pública, con especialidad en las ciudades populosas; otras conformándose piadosamente con el testo evangélico creen que debe darse á todo el que la pida sin averiguar si la merece ó no, y se fundan en que seria imposible esa calificacion, pues sucede á menudo que sin las apariencias del pobre el que lo es vergonzante sufre en silencio horrendas privaciones. Es tan fuerte este argumento que mas vale ser víctima del engaño algunas veces que esponerse á retirar el pan de la caridad á la verdadera indigencia por temor de favorecer el vicio. ¡Cuán conveniente seria que los poderosos visitasen á los pobres en sus propias moradas enterándose de sus necesidades y de sus dolencias! El socorro á domicilio es el mas eficaz, el mas útil, el mas oportuno.

EL AGUILA Y EL RUISEÑOR.

A un Ruiseñor la reina de las aves
Le dijo generosa:
Solo escucha la selva silenciosa
Tus cánticos süaves.
Ven á mi córte, te verás colmado
En eminente altura
De gloria, de riqueza y de ventura,
En los mayores puestos del estado.
Respondió el Ruiseñor: mucho agradezco
Lo que me prometeis y no merezco;
Mas yo no dejo el bosque, mi señora,
Que es mi única fortuna
Saludar á la aurora
Donde el céfiro blando
Meció mi humilde y solitaria cuna.
Sobre la misma rama en que he nacido
Tengo mi dulce nido
Y al lado de mi esposa idolatrada
Paso vida serena,
De cuidados ajena,
Tan grata y tan feliz como ignorada.
Respeto y aun envidio tu ventura,
El Águila le dijo, y al momento,
Con noble atrevimiento,
Traspuso el monte en su mayor altura.

La ambicion desmedida
En cualquier posicion turba la calma:
La dulce paz del alma
Es la prenda mas bella de la vida.

Solo la virtud aproxima el hombre á la felicidad: con ella, decia el ilustre arzobispo de Cambray Mr. de Fenelon, podemos ser felices aun en medio de los calabozos. Esta fábula del "Aguila y el Ruiseñor" esplica ligeramente que la serenidad del espíritu constituye la mayor de las dichas humanas; debemos advertir que ese inalterable bienestar nace únicamente del ejercicio de la virtud.

EL COCUYO.

En los campos de Cuba deliciosa,
En una noche oscura y borrascosa,
Alzó un Cocuyo el vuelo
Y así dijo, alejándose del suelo:
¿Quién como yo que soy fúlgida estrella,
Esmeralda luciente,
Linterna de los bosques primorosa,
Y grato bien de la cubana bella
Si traslada al papel tierna querella
En el oscuro y solitario lecho
Por los dardos de amor herido el pecho?
¡Oh cuántas ocasiones
Se escribieron por mí dulces renglones!
 ¿Quién como yo? En las horas nocturnales,
Cuando dejo los montes virginales,
Me detengo de Fílis en la falda,
O habito entre las flores
Y el jazmin y la gualda
Y la rosa me brindan sus olores.
 Estrella errante de la selva umbría
No tengo que envidiar su luz al dia,
Soy libre como el viento
Y el néctar de la flor es mi alimento.
¡Oh fortuna con todos caprichosa;
Conmigo fiel, constante, generosa!
Nada puedo decirte,
Si no que nada tengo que pedirte:

Yo soy feliz......El pobre vanidoso,
No bien este discurso habia acabado,
Espiró destrozado
Por un fiero murciélago alevoso.

Aquel que se contemple en mas altura
No tendrá vanidad, si sabio advierte
Que suele el mal seguir á la ventura.
Sus edificios la voluble suerte
Sobre arena construye;
Por eso fácilmente los destruye.

No debe el hombre fiar en la fortuna, porque la adversidad siempre tiene alzada su mano amenazadora; es como la espada que estaba pendiente de un cabello sobre la cabeza de Damocles. Gran prueba de inesperiencia es envanecerse por los favores de una deidad tan voluble que se complace en destruir en un instante la obra en que ha empleado muchos años

La vanidad es una funesta pasion que nos conduce á la desgracia: ella nos ordena que busquemos el respeto, no el amor de nuestros semejantes, siendo así que ese amor es indispensable para nuestra felicidad: nos roba las simpatías de nuestros iguales y de nuestros inferiores, y dándonos una elevada y falsa idea de nuestro valimiento, nos trae horas muy amargas, pareciéndonos á cada paso que se nos mira con poco aprecio, lo cual estimamos como una insufrible injusticia.

No confundamos nunca esa pasion tan necia con nuestra noble dignidad de hombres que debemos conservar en todos nuestros actos y aun en las mas terribles situaciones de la vida; esa sí que nos trae un aprecio cordial y respetuoso, porque jamás nos deja aparecer á los ojos de los demás cubiertos de vergonzosos defectos. La dignidad es un brazo de hierro que se interpone entre el hombre y la falta, entre el hombre y la tentacion, para salvarle, para recordarle su legítima grandeza.

Si alguna vez la vanidad es tolerable y hasta cierto punto digna de elogio es cuando la fundamos en proceder bien y eso mejor es que los demás se encarguen de comentar y alabar nuestras acciones meritorias, que la alabanza propia jamás deja de ser prueba de necedad. Con todo, existe lo que llamamos "noble orgullo" cuyo estremo opuesto representa al hombre envilecido que no siente ni los tiros dirigidos al honor. El noble orgullo en sus debidos límites es fecundo en bienes para la sociedad, puesto que fortalece la virtud: es la justa estimacion de sí mismo, la dignidad de que he hablado.

EL PERRO LADRON.

Temible por sus mañas peregrinas,
Habia en un lugar un Perro viejo
Que no dejaba huevos ni gallinas.
Tanto se habló del cruel animalejo
Que las viejas rezaban en conjunto
Por verlo ya difunto,
Pidiéndole á San Pablo
Que las librase del poder del diablo.
Las madres al dormir á sus chiquillos
Les pintaban de! monstruo la figura,
¡Jesus, y qué pintura!
Boca enorme, larguísimos colmillos,
Chispeantes ojos y un aspecto fiero
Que no lo tuvo igual el Cancerbero.
Notando esto los perros, ¡qué bribones!
De rondon se metieron á ladrones
Y á destajo robaban y mataban,
Miéntras al Perro viejo solamente
(Que mas de una ocasion se hallaba ausente)
Los inquietos vecinos acusaban.
Si en la rica despensa de D. Bruno
Los ratones, no á pares se colaron,
Pues que debió de ser uno por uno
Conforme á la estrechez por donde entraron,
Y con quesos, chorizos y perniles

Tuvieron ciertos juegos **ratoniles**,
Al ver aquel destrozo al otro dia
Esclamó el despensero furibundo:
¡No hay un perro tan malo en todo el mundo!
¿Pues qué, de su inocencia no tenia
Una prueba patente
En aquel agujero abierto á diente?
Por abreviar razones,
Con su nombre eran muchos los ladrones;
Y aunque las cataratas lo cegaron
Y para el mal inútil lo dejaron,
No le olvidó una hora
La pública opinion acusadora;
Hasta que en una trampa fué cojido
Y murió el pobre ahorcado, escarnecido.
Conforme es el vivir, asi es la muerte,
Y la esperiencia advierte
Que el que renombre alcanza de malvado
Se ha de ver perseguido y calumniado.

El hombre debe mostrarse celoso de su buena fama apreciándola tanto como la vida; ella es el resultado del buen proceder y nos asegura la estimacion de la sociedad. En los negocios duplica lo que llamamos *crédito*, el cual representa un *capital*. Conviene que todo jóven sepa que formar este capital debe ser á su entrada en el mundo su idea de todos los dias y de todos los momentos, si no quiere caer en el abismo de la desgracia, de la vergüenza, y por último, del crímen. ¡Cuántos por su buena fama han sido elevados en alas de la fortuna y cuántos se han visto libres de calumniosas imputaciones! La buena fama es la compañera leal, la celosa defensora del hombre de bien, y cuando nos precede en un pais desconocido equivale á una excelente carta de recomendacion acompañada de una libranza á la vista por una fuerte suma, con solo una diferencia, que cualquiera suma desaparece luego que se consume, mas ella dura toda la vida y aun mas allá del sepulcro, á ménos que indignamente la perdamos. Mirad, pues, si importa conservarla.

EL AVARO.

Un loco del hospicio de la Habana
Por dueño de un tesoro se tenia:
Con esta idea vana
El hombre mas dichoso se creia:
Si alguien se le acercaba
Al momento esclamaba:
Yo vivo en esta casa porque quiero
Cuidar de mi dinero.
Los locos le trataban con decoro
Creyendo en el tesoro,
Y con tan necia y singular manía
Pasaba en vela de la noche al dia.
Al poco tiempo recobró el juïcio
Y salió del hospicio;
Mas, idólatra siempre del dinero
Convirtióse en cruelísimo usurero,
Y aunque muy haragan y muy borrico
Llegó á ser hombre rico,
Que al repartir los bienes la fortuna
No tiene cuenta alguna
Con los que dignos son de sus rigores,
Ni con los que merecen sus favores.
Bien que es gran necedad llamar dichosos,
Motejando el capricho de los hados,
A los que ellos hicieron desgraciados.

Léjos de la verdad y sin cordura
El vulgar parecer muy mal esplica
La idea de la plácida ventura
Que en el oro fatal personifica.
Era nuestro hombre un infeliz avaro
Que hasta el propio vivir hallaba caro,
Y al fin tuvo realmente
Lo que creyó tener siendo demente.
Absoluto señor de un gran tesoro
Con sigilo lo encierra
En las entrañas de la madre tierra
Y dice para sí con alegría:
Ahòra podré esclamar como solia:
Yo vivo en esta casa porque quiero
Cuidar de mi dinero.
Desde entónces cifrando su delicia
En rondar sus doblones,
Por instante esperando los ladrones,
¡Oh poder infernal de la avaricia!
Pálido, descarnado, sin aliento,
Sobre la gran riqueza que atesora
El hambre, el hambre horrenda le devora.
Respóndame el lector: ¿este avariento
Era mas infeliz en el hospicio
Que ahora gozando de completo juicio?
¿Ménos valdrá el tesoro, por ventura,
Que soñó en su locura,
Que el que esconde con celo sin segundo
Inútil para él y para el mundo?
Tesoros como éste, si convienen,
Imagínense luego, y ya se tienen.
Es la avaricia un torpe devaneo:
Pierde el valor el oro ciertamente
En quien no sabe darle útil empleo:

Sírvate solamente,
Y no verás tu dicha interrumpida,
Para gozar discreto y moderado
Los bienes pasajeros de la vida
Y para hacerle bien al desgraciado.

SOBRE EL MISMO ASUNTO.

Se está gastando el sol, dijo un Avaro,
Ménos luz y mas tiempo yo querria.—
Señor D. Arpagon: si el tiempo es caro,
Haga obras buenas y aproveche el dia.

El oro en ciertos casos carece de un valor fijo: en manos del hombre benéfico ese valor es inmenso para el bien, en las del avaro disminuye hasta reducirse á la nulidad. No hay una pasion mas cruel y desatinada que la avaricia: ella nos ofrece el espectáculo de un ser racional que se impone terribles privaciones en medio de la abundancia y que vive solo atento á la conservacion de un tesoro que le sirve para su inquietud. El avaro es insensible á los sufrimientos del prójimo porque ¿cómo podrá hacer con los demás lo que no hace consigo mismo? Es, pues, tirano de sí propio.

EL CABRITO Y EL CERDO.

Un gracioso Cabrito,
Allá en el prado ameno,
A su madre seguia
Dando saltos contento.
Sobre el tapiz florido
Se deslizaba aéreo,
Cualquiera creeria
Que no tocaba el suelo.
Atento le miraba
Lleno de envidia un Cerdo,
Que era por su tamaño
Tenido en gran aprecio;
Y aunque llevaba el pobre
De la gordura el peso,
Quiso al punto imitarle;
Pero fué vano empeño.
Saltó, cayó, y pegóse
Un porrazo tan recio
Que al levantarse dijo,
De cólera repleto:
Escucha, mentecato,
Respóndeme, zopenco,
El brincar como el mono
¿Quién te ha dicho que es bueno?
Lo que pasó á la zorra

Viene bien á este cuento:
¿Están verdes las uvas?
¡Vaya un triste consuelo!

Cuando la necedad quiere disputarle sus triunfos al talento, ántes de reconocerse impotente, trata de humillarlo y concluye llenándose de envidia, la cual es á veces iracunda y terrible. ¡Qué severo castigo sufre la envidia en sus propios ecojos, condenada á ver abultado el mérito que le enardece! Ella vive en apacible consorcic con todo lo malo, con todo lo vulgar, y apénas columbra la belleza de la virtud, de la sabiduría, ó del valor, pierde el sosiego, deja su oscura caverna y emprende una guerra implacable, valiéndose de todas las pasiones que tienen su orígen en el odio. Por lo regular queda vencida, pero tambien es á ocasiones vencedora, logrando estraviar la opinion, ó prevenirla, contra el objeto de sus persecuciones, bien que al fin triunfa lo justo. La envidia es la idea del robo puesta en planta con asechanza, mas por el placer de destruir, que por lograr la posesion de lo que se carece. Si no fuera tan cruel, tan injusta, pudiéramos apreciarla, considerándola como la anunciadora del mérito; donde ella está, procurad el punto luminoso tras cuyo brillo corre frenética queriendo cubrirlo con negro crespon.

Cuando la envidia se convence de lo inútil de sus esfuerzos, cuando oye los ecos de la fama que no ha podido sofocar, se desespera, se devora así misma y muere entre horrendas convulsiones. Los hombres consagrados á las letras y á las artes, si las cultivan con buen éxito, ó el guerrero que corona su frente con el laurel del triunfo, no es posible que pasen desapercibidos á sus miradas, porque este monstruo solo respeta una cosa: el silencio de las tumbas.

Si alguna vez creemos que un semejante nuestro puede eclipsarnos por sus mayores luces, ó merecimientos, sustituyamos á la vil envidia la noble emulacion; procuremos excederle; pero no abriguemos la pasion mas inicua de cuantas pueden albergarse en el corazon del hombre. Temístocles perdia el sueño pensando en las glorias que habia alcanzado Milciades en los campos de Maraton; pero era porque meditaba cosas mas grandes; así es que no tardó en vencer á los persas en Salamina dando la salud á la Grecia. Jamás los varones ilustres conocieron la envidia, propia únicamente de las almas pequeñas, pero sí la emulacion. "Esta es, esclama Eduardo Youg, una pasion noble y brillante, madre de las perfecciones y de las virtudes de la especie humana. Se enamora de todo lo que es virtud, talento y cualidades raras; su alimento es la alabanza: su empleo sublime es llegar á la superioridad, y la vida porque suspira es nada

ménos que la inmortalidad. Despierta todas las chispas de luz y de llama que se hallan ocultas en nuestro pecho, y los fuegos que enciende son puros como los de un astro."

No parece si no que el filósofo inglés ha confundido la emulacion con el amor á la gloria, cuyo retrato ha hecho. En efecto, son muy semejantes y van á un mismo fin: la emulacion aviva ese amor, existe por él, y esto basta para que sea el sentimiento mas propio de un pecho generoso.

Escojed, oh jóvenes cubanos, cuando abrigueis el anhelo de distinguiros en alguna ciencia, ó arte; escojed entre la emulacion y la envidia. Una os brindará los goces mas puros y mas dignos de la grandeza del hombre; la otra los mas acerbos sufrimientos y los mas vergonzosos y criminales deseos. Vuestra eleccion no es dudosa: disputareis el triunfo á fuerza de trabajo, de abnegacion y de constancia; pero no negareis una justa estimacion al mérito de vuestros émulos. Seguir una misma senda y tener unas mismas aspiraciones en la vida es un dulce lazo de amor fraternal. El obrero ame á los obreros, el sabio ame á los sabios, y el caudillo vencido en lucha leal, ame á su vencedor, porque si le envilece él quedará aun mas envilecido.

EL CEDRO Y EL JAGÜEY.

Habia un Cedro jigante
De Cuba en el campo hermoso,
Que en el calor rigoroso
Daba sombra al caminante.
Lo respetó el rayo ardiente,
Los siglos lo respetaron,
Mil tempestades pasaron
Y nunca dobló la frente.
Mas quiso la suerte avara,
Que es de condicion mudable,
Que un *Jagüey* muy miserable
Humilde se le acercara:
Nació de sucia semilla,
Segun de cierto se sabe,
Que arrojó al pasar un ave
Sobre la fecunda arcilla;
Y así le dijo angustiado
Con aparente cariño:
"¡Infeliz de mí, tan niño
Y verme desamparado!
Si mi ventura no alcanza
A obtener vuestro favor
Perderé, noble señor,
La vida con la esperanza."
El monarca poderoso

Le ofreció su proteccion,
Que el ánimo generoso
Se inclina á la compasion.
Dióle al instante la mano,
Abrióle el benigno seno,
Y muy alegre y ufano
Alzóse el *Jagüey* del cieno.
Débil hilo, en tierno abrazo
Estrechó á su bienhechor,
Y pronto en robusto lazo
Dejólo preso el traidor.
Y los dias iban pasando,
Los años iban viniendo,
Y el *Jagüey* siempre creciendo,
Y el Cedro siempre menguando;
Y ya con negras congojas
Desfallece y viene abajo,
Que no es más que un pobre gajo
Seco, podrido y sin hojas;
Gajo que en leña convierte
El hacha del labrador;
¡Hubiera sido mejor
Darle al ingrato la muerte!
Desde entónces el *Jagüey*
Es de aquel campo la gala
Y por ser el árbol rey
Nadie en orgullo le iguala.
Mas con terrible inquietud
Sus glorias mentidas son,
Que es la vil ingratitud
El mas odioso borron.

La ingratitud es un defecto tan feo que envilece hasta el crímen. El ingrato afila su puñal para herir á su bienhechor, su víctima es siempre aquel ante cuyos piés debiera derramar lá-

grimas de amor y de agradecimiento. Puede verse, es verdad, en la cumbre de una aparente dicha; pero su conciencia le representa su falta, su nota de ingrato le priva de la cordial estimacion de los que le conocen, y es en realidad un ser desgraciado. El reino vegetal cubano ofrece una imágen de esta clase de monstruos en el parásito que sirve de asunto á esta fábula.

Al contrario le sucede al hombre que es agradecido: todos le buscan, le aprecian y le sirven con gusto; la gratitud es la cualidad que por excelencia revela nobles y generosos sentimientos.

EL NEGRO Y EL ROCIN.

Las mas crueles acciones
Encuentran en su apoyo mil razones;
Mas nada es tan odioso
Al hombre justo, recto y generoso.
Esto decia un padre á su hijo atento
Y le contó este cuento:
—Un viejo y descarnado Rocinante,
Que sirvió muchos años á un arriero,
Vino á parar ¡ay triste! en volantero.
Era un saco de huesos ambulante
Que esperaba por horas la pelona,
Y así arrastraba el pobre su *simona*
Llevando ¡oh maravilla!
Encima al Negro y además la silla.
Un dia, de sus cuitas agoviado,
Sintiéndose sin fuerzas, ya cansado
De recorrer las calles de la Habana,
Le dijo al etiope:—alma inhumana,
Déjame reponer solo un momento,
Que estoy al exhalar mi último aliento.
El Negro contestó: yo te dejara,
Pero no esperes que de tí me duela,
Pues solo te daré cuje y espuela,
Y la razon es clara:
Tres duros doy por tu ruin persona,

Tres duros cada dia y de contado:
Uno por la *simona*:
Item, ropa y jornal, cuenta el lavado,
El alquiler del cuarto, mi alimento,
El de mis cuatro hijos,
Mi suegra, mi mujer y tres cuñadas.
Estos son gastos fijos:
Ahora carga mis deudas atrasadas:
Vamos, pues, á sumarlas, si es posible......
Dobló el Rocin entónces la rodilla,
Y dijo al espirar: hombre insensible,
¿Y todo ha de salir de mis costillas?

En vano la malignidad busca razones para justificarse: jamás el hombre debe obrar contra lo justo.—Los animales deben ser tratados con bondad porque son seres sensibles al dolor. Hé aquí lo que dice el filósofo ginebrino: "Parece, en efecto, que si estoy obligado á no hacer ningun mal á mi semejante, es mucho ménos porque sea un ser racional que con motivo de que es un ser sensible; cualidad que siendo comun al hombre y á la bestia debe á lo ménos dar á esta el derecho de no ser mal tratada por él."

En varias ciudades cultas, principalmente de Inglaterra, se han organizado sociedades de beneficencia que tienen por objeto librar á los animales de castigos crueles y de trabajos superiores á sus fuerzas, cuidando á la vez de que se les alimente. No hay un espectáculo mas repugnante que ver, por ejemplo, á las pobres bestias de tiro, que tan útiles son, sufrir injusto maltrato cuando estenuadas por el hambre, ó la fatiga, se rinden y caen al suelo. Mejor seria ayudarlas, esperar sin ira, (porque no hay para ello motivo) á que se repusiesen y alimentarlas siempre bien; de este modo tendrian una fortaleza que en vano se las exige por el rigor. Si no la ley escrita, á lo ménos la luz de la razon, debiera servir de amparo á esos seres que tantos servicios prestan y con los cuales se puede decir que vivímos en sociedad.

LA ABEJA Y EL GRILLO.

Cargada como un asno
Venia de la floresta
Fatigada y de prisa
Una industriosa Abeja,
Y al divisarla un Grillo,
Que en holganza perpetua
Consumia su vida,
Le dijo: ola, deténgase,
Escuche usted, escuche;
Mire que me interesa.
Detúvose al momento
Y él dijo: doña Abeja,
Cuénteme lo que pasa
Allá por la colmena.
Si tienen miel sabrosa,
Si anda escasa la cera,
Si hay paz inalterable
Entre sus compañeras;
Cosa que yo no creo,
Hablando con franqueza.
Dígame, señor Grillo,
Contestó al punto ella:
¿Todo lo que pregunta
Le tiene alguna cuenta?
¿Qué adelanta el ocioso
Conque en nuestra colmena

Haya miel, ó no haya,
Tengamos paz, ó guerra?
Ese tiempo que gasta
En charla sempiterna
Inviértalo prudente
En útiles tareas;
No andará averiguando,
Ah no, vidas ajenas,
Defecto vergonzoso
Que el buen juicio reprueba,
Y gozará sin duda
De una á otra primavera
En paz y en abundancia
La dicha mas completa.
Dijo y siguió volando
En pos de su colmena,
Y quedó el señor Grillo
Cubierto de vergüenza.
Aplíquese esta fábula
El necio que se emplea
En rebuscar lunares
En las vidas ajenas.
Las mas nobles virtudes
El trabajo cimenta:
Vicios é iniquidades
El ocio solo engendra.

Adam Smith cree que el trabajo es la fuente de la produccion; D. Juan Bautista Say observa que necesita del capital y de los agentes naturales. Dejando á un lado las ideas especulativas de una de las ciencias modernas mas importantes, dirémos solamente que el trabajo es necesario al hombre, que auxiliado de la economía forma los capitales, que da salud, la conserva, y vigoriza el cuerpo, que aleja los pensamientos tristes sirviendo de agradable distraccion; que trae la abundancia, el órden y la paz á nuestro hogar; y que una sociedad compuesta de hom-

bres amantes del trabajo siempre será rica, morigerada y venturosa.

El elogio del trabajo envuelve la censura del ocio, ese ocio constante que sumerge al hombre en la miseria, la desesperacion y el vicio; que le roba las esperanzas del porvenir y las tiernas caricias de su familia, la cual vive rodeada de crueles privaciones, es necesariamente infeliz y acaba muchas veces por buscar un refugio en los brazos del crímen. En semejante caso quedan disueltos los lazos mas sagrados, desaparecen las afecciones y la familia entera ofrece el cuadro de la disolucion y de la vergüenza. ¡Cuán diferente es la suerte del hombre laborioso y de los que de él dependen! A su rededor todo sonrie: una esposa casta, unos hijos robustos y bellos que van á la escuela bien vestidos y alimentados, una habitacion aseada donde hay hasta cosas superfluas, y, como resultado de su buen proceder, un aprecio general noblemente adquirido, ¡oh! el hábito del trabajo es el amigo inseparable de la virtud.

Pero ya que habeis visto tantas veces al ocioso, que la ley llama vago, á ese ser que quiere vivir á espensas de los demas, que *consume* y nada *produce*, y que jóven y fuerte no cumple la santa ley del trabajo; ya que le habeis visto ser conducido á los tribunales por deudas, despues á la cárcel acusado de delitos de estafa, y por último arrastrando la vil cadena del presidiario, preguntad ¿Qué buscaba ese hombre? El descanso. Pues bien, el trabajo es el único que puede darlo. Se descansa dulcemente despues de las faenas del dia, y el descanso sin interrupcion, por hábito, es el mas penoso de los trabajos, significa el embrutecimiento, la degradacion del hombre, su completa inutilidad. Pero, me direis, lo que ha querido ha sido pasar una vida en que el trabajo y el descanso alternasen, porque una absoluta inmovilidad comprendereis que no es posible; huye del trabajo forzado; desea obrar conforme sea su voluntad; es decir, pasear á caballo, visitar su posesion de campo, leer si le place, ó dormir á cualquiera hora. Bien, todo eso puede hacerse libremente y sin que nadie tenga derecho á impedirlo. ¿De qué modo? Reuniendo ántes un capital por medio del trabajo y de la economía para vivir de sus productos. Oh! ennoblezcamos el trabajo sobre todas las cosas nobles que ha puesto Dios al arbitrio del hombre para hacerle agradable la vida.

En esta fábula se afea el proceder de los que se ocupan de las vidas ajenas, como una de las consecuencias del ocio.

AMOR CONYUGAL.

EL RUISEÑOR Y SU COMPAÑERA.

Tenia Fílis bella
Prisionero en su jaula
Un Ruiseñor que triste
Por morir suspiraba.
Su dulce compañera,
Sus hijos, su enramada,
Todo lo habia perdido,
¡Oh dura suerte infausta!
Mas la sensible Fílis,
Al ver su pena amarga,
Volvióle, ¡accion muy digna!
La libertad amada;
Y rápido volando
Halló á su esposa cara
En medio á sus polluelos
Afligida, estenuada.
Ni al bosque habia salido
En ausencia tan larga,
Ni escuchó sus canciones
La plácida mañana.
El Ruiseñor contento,
La dijo así estrechándola:

¡Cómo nunca, te amo,
Pues te tengo probada!

Si la naturaleza y la sociedad imponen serios deberes al padre de familia encargándole el alimento y educacion de sus hijos, en cambio ¡cuántos momentos de verdadera dicha encuentra en las dulces caricias de esos objetos queridos y de una esposa leal y tierna que comparte con él todos los pesares y alegrías de la vida! Mirad cómo cuida del órden de la casa, cómo establece convenientes economías en el gasto diario, cómo no se separa un instante del lecho donde peligra aquel á quien juró amor eterno, y cómo enseña á sus hijos hermosas máximas de moral. ¡oh! de las madres de familia depende el porvenir de la sociedad; no queda duda que la educacion de la mujer es el asunto mas importante de que deben ocuparse los gobiernos.

EL HOMBRE Y EL GORRION.

Tomó el nido de un Gorrion,
Donde habia tiernos polluelos,
Un Hombre, y él en mil vuelos
Mostraba su desazon.
Cazándolo, de esta suerte
Habló el Hombre: ¡Cómo huyes!
El sembrado me destruyes;
Si te pesco, te doy muerte.
Repara, dijo el Gorrion,
Que no es dañarte mi intento
Y me acusas sin razon,
Sólo busco mi alimento.
Me haces muy injusta guerra,
A morir de hambre me obligas,
¿Quién te ha dado estas espigas
Que puso Dios en la tierra?
Dí mejor, mi diligencia,
Replicó el Hombre, á mi fé,
Que la semilla sembré
Con trabajo y con paciencia.—
¡Cómo! ¿tu razon sutil
No te muestra, por ventura,
Que te vuelve la natura
Por cada semilla mil?
¿Solo tu trabajo cuentas?

¿Y él de ella y su producido?
Si por tuyo lo has tenido,
¿Qué título me presentas?
Es igual el de los dos;
¿Mas esto te desalienta?
¡Oh! del trabajo de Dios
Vive todo lo que alienta.
Nuestro derecho es el mismo,
La dulce calma recobra;
¿Por qué tan cruel egoismo,
No hay para todos de sobra?
El odio al olvido lega,
No partas mi corazon;
Mira que no es un gorrion
Que es un padre el que te ruega."

Tan triste y enternecido
Estaba, que del humano
Por seguir su caro nido
Vino y se paró en la mano.

Le dió aquel la muerte? no;
Dijo: bueno es perdonar,
¡Ay! que tambien tengo yo
Hijos, esposa y hogar.

No debe el hombre desalentarse porque innumerables seres vivan de la destruccion de las plantas que él cultiva; es verdad que pone de su parte el trabajo, orígen evidente de la propiedad; pero tambien lo es que la naturaleza contribuye con el aire, la luz, en fin, con todos sus agentes que nada nos cuestan; de modo que el labrador coloca la semilla en el surco y ella se encarga de lo demás. ¿Ha querido sér tan pródiga para dar vida tambien á esos seres, ó estos al talar el reino vegetal contradicen sus designios atacando injustamente á las plantas, que tambien tienen vida y por lo mismo sensibilidad, aunque en una escala infinitamente inferior? La fruta cae del árbol porque muere, lo propio que cae la rama seca. Miéntras dura la fuerza vegetativa no hay lo que llamamos sazon, así, pues, ani-

quilarla destruyendo la planta inoportunamente es contrariar la marcha de la naturaleza. Es este un argumento contra los seres de que vamos hablando, y lo es tambien este otro: si se respetara la vida de todos los irracionales se multiplicarian hasta el punto de hacer inhabitable el mundo para el hombre y la agricultura seria imposible. En cuanto á esa escesiva multiplicacion ocurren dudas, porque se hallan sujetos á la comun ley del crecimiento y la muerte en un período por lo general corto, y porque están espuestos á mil azares, á mas de la natural hostilidad de unas especies con otras. La gran familia humana con todas las ventajas de la racionalidad no progresa de modo, á pesar de la opinion de Malthus, que deba inspirar serios temores de que llegue un dia á faltarle los mantenimientos; pues no obstante la antigüedad del mundo, aun hay dilatadas regiones despobladas, y sin duda aquel economista, como ya se ha observado, no contaba con las pestes y las guerras, ni tampoco con los nuevos productos alimenticios que pueden descubrirse, (1) ni el aumento de los conocidos en virtud del desarrollo de la industria. En fin, concedamos, haciendo violencia á nuestras ideas, que el hombre tiene el tristísimo derecho de esterminio, fundado en el de su propia conservacion, sobre todos los demas seres creados; pero apresurémonos á advertir, que debe ejercerlo solamente cuando obedece á la necesidad, es decir, contra aquellos insectos, cuadrúpedos, ó aves, que le son sumamente perjudiciales, ó le sirven de alimento. ¿Qué diriais de un niño que jugase enterrando un alfiler en los ojos de un pajarillo? Que si la educacion no viniese en su auxilio á modificar sus inclinaciones pronto llegaria á ser un malvado. Cada vez mas la civilizacion aleja la humanidad de las escenas del circo de Roma, y llegará un dia en que desaparezcan para siempre el pujilato, las lides de gallos, las corridas de toros y todos esos espectáculos en que el placer nace de ver sufrir.

---

(1) *En 1771 la academia de Besanzon ofreció un premio al que descubriese nuevos mantenimientos y no era conocido el uso de la patata, ó si lo era, dice César Cantú, no se cultivaba por descuido, ó preocupacion. A los generosos esfuerzos del célebre Parmentier se debe su generalizacion; véase, pues, como hoy es el principal alimento de las clases pobres de Europa. Aquí tambien se cultiva en pequeño y se da muy bien; pero preferímos el* boniato, *que es la patata cubana, y tenemos ademas el plátano, producto el mas valioso del reino vegetal.*

LA ESPONJA Y EL AGUA.

Recoje la seca esponja
El agua mas cristalina
Y la vuelve de su seno
Con arena y con arcilla;
Mas si una ocasion y otra
Su hidrópica sed mitiga
En el apacible arroyo,
Vereis que la vuelve límpia.
Así las buenas ideas
A las virtudes inclinan,
Son como el crisol del alma
Que el corazon purifican.

La religion del que murió en la cruz no permite cerrar las puertas del arrepentimiento: el mas perverso puede oir la voz del deber, rehabilitarse y llegar á ser un varon justo. Esta clase de gloriosas conquistas pueden solo realizarlas las ideas morales, que penetran dulcemente en el espíritu y poco á poco se posesionan del corazon. ¡Cuán conveniente seria establecer escuelas primarias en todas las cárceles! Numerosas víctimas se le arrebatarian al crímen, si el tiempo que los presos invierten en el ocio lo empleasen en adquirir conocimientos que les comunicaran la conciencia de su dignidad de hombres, ajada por sus propios hechos. El ocio y la ignorancia llevan de manos á la maldad y son el orígen de la mayor parte de los males que lamenta la sociedad.

Compadezcamos á tantos desgraciados que no han levantado jamas el pensamiento para ocuparse del santo temor.

de Dios, de los apacibles goces de la familia, del trabajo productor, de la paz del ánimo, de la honradez, y de todas aquellas cosas que hacen feliz, ó por lo ménos, llevadera, esta pobre vida humana. Si, compadezcámoslos, porque no han entrevisto los encantos de la virtud. Si pudiesen por un instante, á la manera que el pintor se coloca en un punto elevado para tomar una vista, comtemplar el cuadro de sus propias miserias, las congojas, los sobresaltos del crímen; asombrados de su infelicidad pensarian con horror en su pasado, con arrepentimiento en su presente y con esperanzas risueñas en el porvenir.

LA YAGRUMA Y LA BABOSA.

De una hermosa *Yagruma*
Por las plateadas hojas
Pasó diversas veces
Una torpe Babosa.
Sus huellas estampaba
Y alzando la vil trompa
Estaba muy erguida
Muy contenta y oronda;
Mas la benigna lluvia
Destruia su obra,
Por lo cual dejó el árbol
Iracunda, rabiosa;
Y dicen que en seguida
Murió sobre una roca
Al ver las verdes ramas
Tan bellas, tan frondosas.
¡Cómo! ¿en qué le ofendian?
¿Era acaso una loca?
La esplicacion escucha
Un tanto parabólica:
¿No ataca la inocencia
La calumnia traidora?
Aquella es la *Yagruma*
Y esta la Babosa,

Y la verdad la lluvia
Que las señales borra.
Escudo de los buenos,
¡Oh verdad poderosa!
Tú eres como Apolo
Que vivos rayos brota
Al traves de las nubes
Que en el cielo se agolpan:
Eres como en la orilla
Del mar la fuerte roca
Donde se estrellan débiles
Las iracundas olas.
¡Oh clara luz del mundo!
¡Oh verdad generosa!
Siempre del inocente
Fuiste la protectora.

La calumnia pinta las cosas al reves de lo que son y sus cuadros duran poco. ¡Qué efímero es el pasajero triunfo del perverso cuando logra presentar la virtud con el feo ropaje del crímen! Hay en el corazon de todo hombre, aun el mas cruel, cierta dósis de bondad, cierto amor á lo justo; así es que aun dadas las circunstancias mas adversas la inocencia inspira vivas simpatías, no pocas vecés las persecuciones se convierten en motivos de satisfaccion, y siempre sucede tarde ó temprano que el malo perece en sus propias redes odiado, despreciado y cubierto de vergüenza. Tema el hombre al severo juez que lleva en su interior, es decir, á la conciencia: cuando esta no le acusa, la virtud y la inocencia velan su apacible sueño y la verdad le cubre con su invencible egida. La verdad es mas poderosa que todos los poderosos de la tierra; estos la temen, la respetan y á menudo la buscan y obedecen sus preceptos, porque cuenta con la opinion.

Debemos aborrecer la calumnia, monstruo que se alimenta con el deshonor, el dolor y las lágrimas, y no prestarnos jamás á ser el eco de ideas intencionalmente echadas á volar en ofensa de la reputacion del prójimo. Las heridas que se dan á esta van derecho tal vez á desgarrar el corazon de un

hombre inocente, generoso y bueno. Por regla general es un defecto notable hablar mal de los demás; mejor es hablar bien, porque es prueba de benevolencia, y porque es ménos odioso en último caso, alabar el crímen (cosa en verdad muy detestable) que calumniar la inocencia.

EL COCODRILO Y EL CAIMAN.

A la orilla del *Zaza* cierto dia,
Inflando los pulmones
Porque se oyeran léjos sus razones,
Un viejo Cocodrilo conversaba
Con un Caiman, su amigo y su pariente,
Y ¡míresе qué cosa! lamentaba
Los iracundos males
Que aflijen á los pobres animales.
Dejando ver la horrenda dentadura,
Abrió el Caiman la boca
Diciendo: á mí me toca
Demostrar mi candor y mi ternura;
Y pues faltan cronistas á mi mérito,
Quiero volver por mi perdido crédito,
Que harto se ha calumniado en cruda guerra
A todos los caimanes de la tierra.
La sangre es para mí manjar odioso,
Si la veo, ¡qué horror! no estoy tranquilo,
Ya usted me tiene enfermo y caviloso.—
Lo mismo me sucede,
Repuso el Cocodrilo,
Soy tan impresionable, tan Juan Lana,
Que me duele el quejido de una rana,
Porque tal vez al pobre animalito
Le ha picado cruel algun mosquito.

A poco que así hablaban se veia
Bajar la vaca del vecino cerro
Con su amado becerro,
Se aproximaba el simple corderillo,
El cerdo gordiflon, el asno feo;
En fin, cerca del rio, segun creo,
No quedó un animal que no viniera
Y que la dulce plática no oyera.
Mas, cuando estaban todos mas atentos,
Esclamó el Cocodrilo:
Señores: basta ya de fingimientos:
Oid al dios, que fué, del hondo Nilo:
¡Oh vosotros que andais en cuatro patas
No creais jamás en pataratas!
Dijo y lanzóse fiero
Sobre los animales inocentes:
Lo mismo ejecutó su compañero
Tiñendo de carmin los blancos dientes.
Víctimas de tan pérfida asechanza,
Muchos del auditorio
Pagaron con la vida su confianza;
¡Oh qué cara compraron la esperiencia,
Esa fecunda madre de la ciencia!
Jamás debe creerse á los malvados
Que blasonan de justos y de honrados.

La hipocresía le roba sus primorosas galas á la virtud, quiere confundirse con ella, y hace mas daño al mundo que la maldad, es la maldad misma con dobles armas. Cuanto os presenta el hipócrita es sombra, apariencia: le vereis humilde cuando está lleno de vanidad, y triste cuando está lleno de alegría. Si os aprieta la mano obsequioso y os protesta una fiel amistad, tal vez medita en aquel momento vuestra ruina. El hipócrita apura el arte del disimulo hasta el punto en que jamás os deja entrever sus verdaderos sentimientos, y cuando hiere sus golpes son de muerte porque atisba las ocasiones, á fin de que no se le escape su víctima.

Hay en la sociedad ciertos hombres que con una franque-

za cínica se vanaglorian de sus maldades; ellos mismos hacen su retrato. Estos no son tan temibles porque al cabo, como suele decirse, llevan el corazon en los labios y una vez que se dan á conocer puede uno preservarse; ¿pero de qué modo se libra, aun el mas prudente, de los tiros del malvado que se presenta con las bellas apariencias de la virtud, de la honradez, de la amistad y de todas las demás cualidades que mas aprecian los hombres? No queda mas arbitrio que ser muy cautos y no depositar nuestra confianza si no en personas conocidamente virtuosas, aquellas que tienen dadas pruebas inequívocas de una pureza inmaculada y que han sabido granjearse la estimacion de los hombres de bien. No quisiera yo predicar la desconfianza, porque ella tiene algo de cruel y desconsolador y á menudo de injusta; ¿pero no es una triste verdad que el hombre bueno y confiado es todos los dias el juguete, la burla de los perversos? A los jóvenes debe eseñárseles el arte de vivir para que puedan procurar ser felices, y con este objeto es conveniente que conozcan la parte defectuosa de la sociedad.

Si la hipocresía es detestable tambien lo es la escesiva franqueza: hay ciertos necios que sienten la necesidad de comunicar todo lo que piensan, todo lo que llega á su noticia; estos no guardan ni sus propios secretos y casi siempre son unos desgraciados.

EL ELEFANTE Y LAS HORMIGAS.

En tiempos de Alejandro y de Darío,
¡Qué viejo es este cuento lector mio!
(Pero de paso advierto
Que no por ser tan viejo es ménos cierto)
Existió un Elefante, tan temido,
Tan fiero y entendido
En la sangrienta guerra,
Que tuvo gran renombre
En toda la estension de la ancha tierra
Como si fuera un dios, ó fuera un hombre.
Y vano con su fama de guerrero,
Paciendo por el campo cierto dia
Llegóse á un hormiguero
Y sin decir por qué ¡crueldad impía!
Dió muerte á unas hormigas
Que no eran del cuadrúpedo enemigas.
Del hormiguero al punto diligente
El diminuto rey, viendo el Estado
De ruina amenazado,
Al jigante del bosque
Con lenguaje sentido y elocuente
Su bárbara injusticia hizo presente;
Como si algo valiera
La queja del que es débil en el mundo
Y á la razon la fuerza se aviniera;
Mas su dolor profundo

Mitigue el rey hormiga y no se asombre
Que aprendió el Elefante con el hombre.
Así pues, con escarnio y con desprecio,
No respondió palabra, y al momento,
Dió con la pata recio
Y mató las hormigas ciento á ciento.
El ofendido y bravo soberano,
Oculto en las entrañas de la tierra,
Reunió su gente, proclamó la guerra,
Y pidió auxilio al valle mas cercano,
Donde habia de familias diferentes
Mil millones de hormigas;
Pero todas amigas,
Intrépidas, constantes y valientes,
Y hecha causa comun, los hormigueros
Dejaron á las hembras los guerreros.
Abrióse por la noche la campaña,
Y al escuchar los bélicos clarines
Entre sus redes se ocultó la araña,
Tembló la cucaracha en los rincones,
Y de aquellos confines
Huyeron aterrados los ratones,
Que miedo daban, aun estando en paces,
Aquellas vastas y ordenadas haces.
Con silencio profundo se movieron,
Una sierra treparon,
Al llano descendieron
Y allí por fin al Elefante hallaron.
Entónces sin decir pares ni nones,
Le pican en la trompa dos millones:
Del rabo á la cabeza se dilata
Un ejército fiero que no ceja,
Se le prenden cien mil en cada oreja,
Y le pica un millon en cada pata.

Treinta mil se apoderan de la cola,
Veinte mil de los ojos;
Crece la bataola,
El monstruo corre, bufa, se exaspera,
Pierde la vista, se entra en la montaña,
La dura piel se araña,
Llega al risco, se lanza...... aquí la historia
No cuenta lo demás; pero es lo cierto,
Que si no quedó muerto
Quedó inválido y ciego, y fué su vida
Vida de expiacion llena de penas.
¡Vaya que estas lecciones son muy buenas!
Si aprende el poderoso de esta suerte
Que el hombre, siendo injusto, nunca es fuerte.

El amor de nuestros semejantes embellece nuestra existencia sembrando de flores el camino de la vida. Aquel que en lugar de buscar ese amor practicando el bien, se entrega inconsideradamente á las pasiones del odio, de la ira, de la venganza, ó por un instinto cruel propende al mal del prójimo, pronto se ve rodeado de enemigos y no tarda en ser su víctima. ¡Oh jóvenes! haced cuanto de vosotros dependa por no tener enemigos, pues el que creais mas infeliz puede ser causa de vuestra ruina.

Hay momentos en que la fortuna, la honra del mas encumbrado personaje dependen de una palabra que revela un secreto: esta palabra, por un encadenamiento de circunstancias, puede pronunciarla un ser el mas despreciado; y con todo, la esconde para siempre en lo mas hondo del pecho y le parece que se le escapa. ¿Por qué, pues, tan noble silencio en quien ménos debia esperarse? Porque al hombre ser hombre le basta para su grandeza; necio de aquel que trate de ofenderle confiando en su aparente debilidad.

En esta fábula del "Elefante y las Hormigas" se prueba que se deben respetar los derechos de los débiles: que no debemos ser injustos atenidos á la impunidad, y que los seres mas inofensivos causarán la ruina del mas poderoso, si los ataca sin razon; lo que no puede hacer uno lo harán muchos reunidos.

EL PERICO Y LA COTORRA.

Una Cotorra necia y charlatana
Abandonó la jaula una mañana,
Y volando hácia el monte,
Interrumpiendo el canto del sinsonte
Y de las otras aves
Que en no aprendidos tonos, dulces, suaves,
Saludaban con grata melodía
La venida del dia,
Púsose á disputar con un *Perico*;
Y hablando mucho y recio,
[Como suele el que es necio]
Así le dijo:—inculto campesino,
Mi habilidad te asombre:
¡Que inferior es al mio tu destino,
Pues no sabes hablar como habla el hombre!
Mira que me avergüenzo justamente
De que seas mi pariente,
Al verte tan selvático y tan rudo;
Si al ménos fueras mudo,
No lastimara tu infernal chillido
Mi delicado oido.
¡Oh pobre montaraz! te compadezco:
Ven, sígueme, te ofrezco
Que andando el tiempo te verás un dia
Con tan sábia maestra en gran valía.—

Le contestó el *Perico*:
¡Ay que toda tu ciencia está en el pico!
Vuélvete, buena maula,
A vivir á tu jaula,
Que ni el idioma de los hombres sabes,
Ni te das á entender entre las aves.
¿Replicó la Cotorra?
No; trabó con el *cao* una camorra,
Despues con el *pitirre* y el sinsonte;
De manera que el monte
Abajo se venia
Con tanta algarabía.
¡*Que siempre el necio presuntuoso sea,*
Que siempre se le vea
A caza de cuestiones
Y devolviendo insultos por razones!
Pronto llega en su loca fantasía
Del saber á la cumbre soberana;
El verdadero sabio desconfía,
Y por lo breve de la vida humana
Teme quedarse en la difícil via.

La ignorancia presumida es insoportable. Varios filósofos han dicho que cuando el hombre llega á convencerse de que nada sabe es cuando comienza á saber algo. Debe considerarse al necio dispensado de abrigar una alta idea de sí mismo, porque esta necedad le es propia; lo que admira es que sea creido por muchos, lo cual prueba que los necios no son pocos, y que la admiracion y la alabanza no siempre tienen valor.

LOS DOS CHIVOS.

De esta propia manera
Dijo un chivo á otro chivo:
Te amo y quiero darte
Un consejo de amigo.
¿Para qué esas carreras?
¿Para qué tantos brincos?
Cada momento pones
Tu existencia en peligro:
Oh, ten calma y modera
Ese genio tan vivo:
¡Qué bueno es ser prudente!
¡Qué bueno es tener juicio!
Así el aconsejado
Respondió algo mohino:
¿Cómo es que me reprendes
Y practicas lo mismo?
Primero es conocerse;
Conque así, señor mio,
Pues me son naturales
Con mis saltos prosigo.

"Conócete á tí mismo ántes de conocer á los demas." Esta antigua máxima puede considerarse como la esencia de la sabiduría. El "Conócete" es un libro que debíeramos tener constantemente en la mano y que rarísimas veces hojeamos. ¡Feliz el hombre que llega á conocerse, porque se halla en el camino de lo justo!

LOS SABIOS Y LOS NECIOS.

Cuenta Calderon que un dia
Un sabio tan pobre estaba
Que solo se sustentaba
Con las yerbas que cojia.
Que otro sabio le seguia
Tras las hojas que arrojó;
Mas Calderon no contó
Que los necios que llegaron
Ni las sobras encontraron,
Peor suerte les tocó.

Mas vale la pobreza del sabio que la riqueza del necio. Esto deben tenerlo muy presente los padres de familia ricos que descuidan la educacion é instruccion de sus hijos pareciéndoles que con su riqueza tienen asegurado un feliz porvenir. ¡Oh cuánto se equivocan! Las riquezas desaparecen fácilmente; mas la sólida virtud y la sabiduría acompañan al hombre hasta el último instante de la vida.

EL REY DE LOS CIEGOS.

En no sé qué lugar del vasto mundo
Hubo un pueblo de ciegos;
Pero á la oscuridad tan avezados
Estaban ya ¡prodigio sin segundo!
Que cualquiera creeria
Que era su ceguedad supercheria.
Sin saberse de donde
Aparecióse en él un señor conde,
Diciendo: veo, señores, tan clarito
Que descubro en el sol un montecito.
¿Conde y con vista? todos esclamaron:
¡Oh suerte bonachona!
Este es muy digno de la real corona.
¡Qué placer para el pueblo de los ciegos!
Convocóse el senado,
Y era de ver los graves senadores
Discernir premios, acordar honores,
Al hombre que guardó propicio el hado
La púrpura y laurel de aquel estado.
Hízosele venir y el majadero,
Habló de su saber, de su hermosura;
¡Oh, cómo se esmeraba en la pintura!
Tito fuera á su lado un zapatero.
¡Cuánto habló, santo Dios! Concluyó al cabo
Y metió el diablo, á lo mejor, el rabo;

O no fué el diablo, porque fué un buen viejo
Diciendo lo siguiente al gran consejo:
Este es un petulante:
Amigos, yo barrunto
Que vamos á tener un rey pedante.
Opino en el asunto,
Que ántes de recibir tantos honores
Pruebe como distingue los colores,
Que cuando en estas cosas hay engaño
Es para la nacion el mayor daño.
Quedóse el estrangero,
Como queda el ladron que es sorprendido,
Y sin saber qué hacerse, consternado,
Esclamó con acento lastimero:
Perdonad, ilustrísimo senado,
Si abrigué pretensiones insensatas,
Soy ciego, perdonad, de cataratas;
Mas pronto tendré vista,
Si entre vosotros hay un oculista.
¡Oculista en el pueblo de los ciegos!
¡Fuera el vil que mentia!
Gritaron á la vez llenos de enojo:
Elejirémos rey en este dia
Al primero que llegue y tenga un ojo.
Así lo practicaron de concierto
Y tuvieron los ciegos un rey tuerto,
Y entre zumbas y risa el pretendiente
Huyó y tuvo fortuna, pues faltaba
Cierta gran ceremonia que se usaba
En casos parecidos al presente,
Llamada, segun creo,
La fiesta nacional del vapuleo.
Ejemplo para el necio caprichoso
Que pretende lucir lo que no tiene;

Ni al talento conviene
El aire fanfarron del vanidoso,
Que sin hacer á la modestia agravio
Brilla con sencillez el hombre sabio.

Si la vanidad es un defecto intolerable, aun apoyándose en el verdadero mérito, lo cual raras veces sucede, porque el verdadero mérito siempre es modesto; ¿qué dirémos de aquel que la abriga sin mas motivo que la creencia infundada de un gran valimiento propio? ¿Y qué dirémos del que trata de engañar á la sociedad alegando merecimientos de que carece, aparentando cualidades que no posee? Que pronto la sociedad se venga, no pocas veces con el desprecio y el ridículo, y le coloca en el lugar que le corresponde. Hay cierta justicia en el sentimiento público á cuya penetrante mirada nadie escapa. Pero ya que hemos dicho esto último, agreguemos, que la opinion de un pueblo puede tambien estraviarse, hasta la de una nacion, la de todas las naciones, la de toda la humanidad; recordemos, para probarlo, que hasta el año de 1633 en que Galileo confirmó el sistema de Cópérnico se creia universalmente que la tierra erá un cuerpo inmóvil. Procuremos acostumbrarnos á juzgar de los acontecimientos, de las cosas y de los hombres, segun nuestras luces, sin dejarnos llevar ciegamente por el oleaje de las varias opiniones en que por lo comun se divide la sociedad para cada materia, bueno es compararlas á fin de formar juicio.

LA GUERRA DE LAS HORMIGAS.

Atronando los llanos y la sierra
Sonó el clarin de la sangrienta guerra
Entre dos convecinos hormigueros,
Indomables y fieros.
En uno y otro al punto se alistaron
Para probar fortuna
Las ranas del pantano y la laguna:
Tambien se presentaron
Los pérfidos y viles *camaleones*,
Mas todos esquivaban su presencia,
Que mudan de color por conveniencia.
Formáronse lucidos escuadrones
De moscas, de mosquitos, lagartijas
Y otras mil sabandijas,
Sin faltar los ratones, los conejos,
Los *jubos*, las *jutías* y cangrejos.
Al mirar aquel bélico aparato,
Tanta bravata, bulla y embeleco,
Y al escuchar el eco
De esta famosa guerra
Por todos los confines de la sierra,
¿Quién pudiera pensar que se trataba
Solo de una *guayaba*
En el suelo caida
Del árbol por el viento desprendida,

Y que debia de ser en lid á muerte
Propiedad del mas fuerte?
Ya se escucha el tambor: los capitanes
Para alejar el miedo
Arengan al soldado con denuedo;
Crece en ámbos ejércitos la ira,
Y lo que mas admira,
En son de guerra andaban por los reales
Todos los animales
Que cuatro leguas en contorno habia,
¡Considere el lector la algarabía!
En fin, perdone Homero, aquella era
Por lo estruendosa y fiera
Nueva guerra de Troya, que causaba
En lugar de una Elena una *guayaba.*
Mas, cuando ya las masas se movian
Y á vencer ó morir se disponian,
Dejóse ver muy flaco y muy hambriento
Por el campo un jumento,
Que el amo diligente
Libre á pacer mandaba;
Y ansioso por hartarse el insolente,
(Que tan graves sucesos ignoraba)
La fruta se comió ¡fruta famosa!
Y acabóse la guerra desastrosa.
¡Oh!, gracias al jumento,
Dijo un señor conejo,
Y esclamó yo no sé qué animalejo:
¡Y por una *guayaba* hacer la guerra,
Y por una *guayaba*
De sangre y luto revestir la tierra!!!
Al saberlo dirán los racionales:
Estas sí que son cosas de animales.
Así hay muchas cuestiones

Entre pàrticulares y naciones:
Se grita, se pelea y todo aoaba
Por comerse un jumento la guayaba.

Las naciones que hacen la guerra por causas injustas y frívolas jamás logran justificarse ante el tribunal de la historia. La guerra es la mayor de las calamidades que pueden aflijir á una nacion: ella arrebata los brazos á la agricultura, tala los campos ó incendia las ciudades: acostumbra los hombres á la crueldad, á la violencia y á la injusticia; aniquila los manantiales de la riqueza pública imponiendo al mismo tiempo ruinosas contribuciones para sostener ejércitos que consumen y nada producen, y dando así rudos golpes á la industria empobrece y hasta puede hacer desaparecer el estado mas bien constituido. Solo debe emprenderse por causas muy justas, en cuyo caso la vida del buen ciudadano es pequeñísima ofrenda comparada con lo glorioso del sacrificio. Camp dice que la paz universal no es una utopia, si no un problema, cuya solucion van preparando los sucesos.

Como la ciencia humana no alcanza á descubrir la ley que rige á los acontecimientos imprevistos, la historia nos demuestra que la ruina de dos fuertes naciones beligerantes suele ser el orígen inesperado del engrandecimiento de otra; en este sentido está escrita esta fábula, que es una sátira contra la guerra y los pleitos.

LOS ANIMALES DESCONTENTOS CON LA SUERTE.

Cada cual acusando á su destino,
Quejábanse en comun los animales,
Y de la vida el natural camino
Les pareció el camino de los males.
Por la ternura el Tigre suspiraba,
Queria talento el Asno, el Cerdo aseo,
Y el Cordero el valor que le faltaba;
En fin, dándole riendas al deseo,
Pretendian, buscando la ventura,
Variar las santas leyes de natura.
Jove escuchó sus quejas y al momento
Le dió al Asno talento;
Mas al verse tan feo ¡trance duro!
Rompió en copioso llanto,
Murió el pobre de espanto,
Y halló en un muladar sepulcro oscuro.
Dióle al Cerdo un palacio fabricado
Con pavimento de mosaico rico;
Pero tan infeliz como el borrico
Murió desesperado,
Que en tanta pulcritud nada era bueno,
Pues que faltaba su elemento, el cieno.
Dióle ternura al Tigre, cuya saña
Infundia terror en la montaña,
Oh!, decian los brutos,

Se acabaron los pésames y lutos,
Y pues el Tigre vive de raices,
Alcanzamos los tiempos mas felices.
Su conducta la risa provocaba
Y al recordar su antigua valentía,
¡Oh infame cobardía!
Sin respeto doquier se le insultaba,
Hasta que puso fin temprana muerte
Al breve curso de su triste suerte.
Dióle valor al cándido Cordero,
Invencible valor, valor leonino,
Y muy erguido, ufano y altanero
Internóse del bosque en la aspereza,
Pintándole su loca fantasía
Como llegado el dia
De su mayor grandeza.
¡Oh torpe desatino!
Perdió el vellon, y herido, desmayado,
Cayó sobre una peña el desgraciado.
Vuelto en sí, pidió á Jove de carrera
El volver al redil como ántes era.
Esto al hombre le advierte
Que debe conformarse con su suerte.

El hombre debe por cuantos medios justos estén á su alcance afanarse por mejorar su situacion; pero no vivir inconforme con su suerte hasta el punto de desconocer los bienes que le ha dispensado la Providencia. Esas desgracias estremas que conducen al suicidio no existen realmente; dependen del modo opaco de ver las cosas: cuando pasan las horas de indefinibles dolores, cuando se reflexiona con calma, se advierte que solo obrando locamente puede desterrarse la esperanza del corazon. ¡Oh cuántas veces la hora de la mayor angustia ha sido interrumpida por un acontecimiento grato que repentinamente ha cambiado la faz de nuestra suerte y nos creemos en el colmo de la felicidad!

EL PERRO GENEROSO Y EL RUIN.

¡Yo soy el valeroso
Invicto vencedor de los corderos!
(Así esclamó con ademanes fieros
Un Perro cobardon, flaco y sarnoso):
Al escuchar mi nombre las vecinas
Encierran prontamente sus gallinas.
El lugar es muy cierto
Que se va transformando en un desierto;
Mas viva el poderoso descuidado,
Aunque suela llamarme su enemigo,
Porque solo á los débiles persigo.
Esto escuchó otro Can de noble aspecto
De formas bellas y de frente erguida,
Mirólo de hito en hito un largo rato,
Cómo diciendo: juro por mi vida,
Que eres digno pintor de tu retrato,
Y que por lo que veo
No hay en el mundo un animal mas feo.
Al fin, despues de su mirar prolijo,
De este modo le dijo:
Responde Perro vil, injusto, necio
¿Mereces tú mi enojo, ó mi desprecio?
¿Qué gloria da vencer al ménos fuerte
Gozándose en sus penas y en su muerte?
Aquel que tiene el ánimo esforzado

De igual á igual acepta la pelea
Y en atacar al débil no se emplea.
Escuchó estas razones poco tiernas,
Agachó las orejas el menguado,
Y doblando la cola entre las piernas
Se escabulló en silencio, avergonzado.
Así el ruïn se esplica:
Huye, huye del hombre
Que sus inicuos hechos glorifica
Mirando con desprecio su buen nombre.

Los hombres sabios y virtuosos son como las flores que exhalan un agradable perfume; debemos ambicionar su compañía, porque algo se nos comunica, algo útil aprenderémos de sus palabras. Al contrario nos sucederá con el perverso que cuando habla pronto da á conocer la iniquidad de sus ideas; siempre se halla á favor de lo injusto, mucho mas si le viene algun provecho, y no pocas veces con una repugnante franqueza hace alarde de sus malas acciones. Huyamos de esos seres envilecidos que miran con tan poco aprecio su buena fama, y cuando nos veamos en el caso de tratarlos, procuremos desviarles de la senda de su perdicion hablándoles el dulce idioma de la verdad, al cual pocos corazones se resisten. Muchos hombres no tienen lo que llamamos "mal fondo" y espresan ideas ruines por efecto de los vicios de su educacion; estos viven involuntariamente en la oscuridad y no tardan en avergonzarse de su pasado si encuentran quien les enseñe la luz. ¡Qué hermosa conquista la del filántropo que libra á uno de sus semejantes del abismo del crímen y del vicio!

EL ASNO Y LA ARDILLA.

Mi querido lector: voy á contarte,
Como en otra ocasion te contó Iriarte, (1)
Lo que pasó en los tiempos en que hablaban
Los brutos, y á los hombres enseñaban
Verdades importantes,
Que cual faros brillantes
En el mar tempestuoso de la vida
Vierten su clara luz apetecida.
Préstame oido atento
Que comienzo mi cuento.
Al romper de una plácida mañana
Un Asno trabajaba en su molino,
Y una Ardilla muy vana
De este modo le habló: Torpe pollino,
En un solo momento
Yo le doy á mi jaula movimiento,
Y al punto gira leve,
Sutil, rápida, breve.
Usted en cada vuelta gasta un año,
Parece que agoniza,
Mire que es en su daño,
Pues que puede costarle una paliza.

[1] *Iriarte escribió una bellísima fábula titulada "El Caballo y la Ardilla."*

Alce el pescuezo airoso,
Cual si fuera el mismísimo Pegaso,
Deje ese andar tan lento y perezoso,
Adquiera animacion y alargue el paso.
Viendo mi actividad no más le asombre
Que en tanta estimacion me tenga el hombre.
El Asno contestó: ¡qué poco seso!
Ya se ve, tú no llevas este peso.
Póngase en mi lugar la simplecilla
Y otro será el lenguaje de la Ardilla;
Sabrá por esperiencia
Que de jaula á molino hay diferencia.
Le dijo la verdad, del dicho al hecho,
Lo declara el refran, hay largo trecho:
¿Quién no es valiente léjos de la guerra,
O quién no nada bien estando en tierra?

No juzgues de las acciones del prójimo sin un cabal conocimiento, porque te espones á cometer una injusticia, ó á obrar neciamente; mejor es emplear siempre la benevolencia. ¡Cuántas veces sucede que censuramos en los demás aquello mismo que hubieramos hecho en sus circunstancias!

LA GRULLA Y EL CAO.

Es el *Cao* animal muy conocido,
Que abunda á centenares
De Cuba en los altísimos palmares;
Siempre se le ha tenido
Por un bobalicon, y de contado
Es el mas imprudente, el mas confiado.
Uno de estos se hallaba en la espesura,
Aun no cicatrizadas las heridas
Que abrió en su pecho el cazador tirano,
Cuando en quejas sentidas
Dando curso al raudal de su amargura,
A Jove soberano
Habló de esta manera:
¡Ay de mí, que perdí mi compañera,
Mis amados polluelos y mi nido!
¿Cuál mi crimen ha sido?
¿En qué pude ofender al hombre injusto?
¿Será acaso posible, Dios potente,
Que con fiera maldad, solo por gusto
Persiga al inocente?
¡No dan asco y horror, aun bien guisados,
Los difuntos alados?
¿No serian los hombres mas felices
Viviendo de las hojas y raices?
Una Grulla que cerca le escuchaba

Y que de centinela alerta estaba,
Miéntras la banda el monte recorria,
Cada cual el oido
Pendiente del mas leve y manso ruido,
Para evitar con intencion espresa
El caso muy comun de una sorpresa;
Condolióse al oirle y bondadosa
Subió sobre el racimo de una palma
Para darle del grano suculento,
Que estaba el pobre inválido y hambriento.
Luego con ciertas yerbas escogidas
Le curó las heridas,
Y para bien mayor muy sábiamente
Le dijo lo siguiente:
No culpe, buen amigo, á los humanos,
Señores de la tierra,
Y pues sabe que pérfidos é insanos
Nos hacen sin piedad traidora guerra
Valiéndose de lazos, plomo, liria,
Y de otros medios, todos de igual suerte
Dispuestos para darnos cruda muerte,
O para nuestro mal y vituperio,
Reducirnos á duro cautiverio;
Cúlpese V., que avisa cuando viene
El cazador y en eso se entretiene,
Sin que le cause susto su presencia,
¿Qué mucho que le robe la existencia?
  Huya, mi amigo, huya le repito,
Del hombre, de la sierpe, del milano,
Y de todo carnívoro tirano,
Pues tras de la ocasion marcha el delito.
¡Qué bien habló la Grulla centinela!
Pues de la propia suerte
Espera al que no teme el precipicio

De la maldad y el vicio,
Vida oprobiosa y miserable muerte.

Los necios cuando se ven engañados acusan al siglo y á toda la humanidad, como si en los tiempos antiguos, lo mismo que ahora, no hubieran existido hombres virtuosos y hombres perversos; mas les valiera quejarse de su falta de prevision, que es regularmente el orígen de sus contratiempos. Así les sucede á los jóvenes: el vicio se les presenta con los mas bellos atractivos, y el que es incauto camina entre las flores y no ve el precipicio que encubren. Pronto desciende á lo profundo y no pocas veces el sufrimiento, la degradacion y la miseria vienen á advertirle que debió y pudo evitar su caida; pero ya es tarde; ¡una temprana muerte sella el lastimoso drama!

Preciso es repetir á los jóvenes desde que ocupan el banquillo de las escuelas primarias, que sin buenas costumbres no hay felicidad posible, no hay familia, no hay honra, no hay esperanzas en el porvenir: que ellas forman el mas bello título de las nobles aspiraciones y de todo lo grande y digno, tanto del individuo como de la sociedad, y que para huir del vicio y de la maldad la regla mas importante es huir de las malas compañías.

EL NIÑO Y EL GATO.

Un Niño bondadoso,
A la hora del almuerzo,
Llevaba en una mano
Parte de su alimento,
Un ala de perdiz
Dicen que era por cierto,
Y de uno en otro punto
Daba saltos contento.
Un Gato le seguia
Cariñoso y dispuesto
A imitar sus acciones,
¡Oh qué buen compañero!
Si incansable corria,
El corria mas presto
Por el jardin y el patio,
Muy gracioso y ligero.
El Niño agradecido
A su leal afecto
Pasó su manecita
Por su sedoso cuello;
Y á tan suave contacto
Estirando el pescuezo
Cayó á sus piés rendido
En lánguido despeño.

El Niño recordando
Entónces el almuerzo
El ala de perdiz
Quiso probar ¡oh cielos!
Sobre él abalanzóse
El cuadrúpedo fiero
Y quitósela rápido
Hiriéndole en un dedo.
Oh! ¿Quién hubiera dicho
Que velaba el perverso,
Fingiendo vil y astuto
Magnético embeleso?
Luego que realizados
Vió el monstruo sus deseos,
Separóse del Niño
Con saña y con desprecio,
Y cobróle tal odio
El vil animalejo
Que al pasar por su lado
Gruñia muy molesto,
La piel se le erizaba,
Volvia un arco el cuerpo,
Chispeábanle los ojos,
Y ponia tal gesto
Que los padres del Niño,
Mayor daño temiendo,
Al campo le arrojaron,
Donde pobre y enfermo
Recordaba á menudo
Aquellos buenos tiempos
De sabrosos manjares
Sin mas que ir y comerlos.
Esta fábula sirve
De provechoso ejemplo:

Sé cauto cuando elijas
Amigo y compañero.

Las malas compañías son causa de muchas desventuras. Si teneis un amigo, le convidais para una mala accion y no os lo afea, aunque en seguida os acompañe en el peligro, desconfiad de él, huid de su lado, porque os llevará pronto de mano al abismo y su amistad es falsa; la verdadera amistad jamás deja de ser sincera.

En el mundo se abusa notablemente de la palabra "amistad": son muchos los que se llaman nuestros amigos; pero muy pocos los que proceden como tales en los momentos de prueba. Una de las ventajas de la desgracia es permitirnos conocer aquellos que lo son verdaderamente, puesto que no obrando á impulsos del interes, no esperando nada de nosotros, hay necesariamente espontaneidad en sus afectos. En medio de la próspera fortuna es mas difícil conocer al nuevo leal amigo que distinguir á la simple vista la concavidad de un cabello.

No tengo de un todo á mal á los que viven alhagados por la suerte que sean algo miopes cuando se figuran que todos los que les rodean son sus tiernos amigos, que sacrificarian por ellos la vida; esta ceguedad es en cierto modo parte de su dicha, á la manera que al enfermo le es conveniente á veces ignorar su enfermedad. Sin embargo, el varon de ánimo entero, prudente y sabio no pierde su buen criterio, aunque llegue al pináculo de la felicidad; siempre ve y juzga de los hombres y de las cosas con exactitud. Lo que el rocío y la lluvia es á la planta es la amistad adquirida en el infortunio para los corazones que padecen, y cuando llegan las horas serenas, nos queda como un ángel que vela por nuestro bien, que participa de nuestros sufrimientos y de nuestros placeres.

No estará de mas advertir en un libro escrito para la juventud, que el hombre juicioso no ensancha inconsideradamente la esfera de sus relaciones, por dos motivos: primero, porque el mundo se guia casi siempre por las esterioridades y cuando nos ve relacionados con personas indignas forma sin mas dato una idea desfavorable de nosotros. Segundo: porque esto nos coloca en continuos compromisos. Una vez que llamamos amigo á un individuo, aunque en realidad no lo sea, le ponemos en posesion de los privilegios inherentes á tan precioso título y no tardará en hacer uso de ellos. ¿De qué modo podrémos entónces escusarnos de hacerle un servicio que nos es penoso sin incurrir en una falta? ¿No es nuestro amigo? Negándonos á servirle probarémos que la decantada amistad era una farsa, y toda farsa es indigna del hombre de bien. Sí, tengamos pocos, pe-

ro buenos amigos, y opongamos á esa facilidad conque se prodiga tan bellísimo nombre el peso de nuestra prudencia; seamos verídicos: llamemos amigo al que lo es en realidad, los demas son simplemente nuestros conocidos, con quienes solo nos une el lazo fraternal que liga á todos los hombres; pero no el que estrecha las almas, las unifica, forma la delicia de los corazones mas tiernos y nobles y es fuente perenne de felicidad.

EL RUISEÑOR Y LAS COTORRAS.

En un espeso y solitario bosque
Las parleras Cotorras habitaban,
Y tanto unas con otras conversaban
Que era una sola voz la que se oia,
Que hablaba el verde bosque parecia.
Una dijo: *re*, *mi*, fuí prisionera,
Sol, de un músico, *la* ¿quién se me iguala?
Que tocaba el violon, *fa*, *si*, la escala:
Turruntuntun, *turruntuntun*...... ¡camorra!
¡Es una gran artista la Cotorra!
Otra gritó: yo fuí de un abogado
Y conforme á la ley pido justicia:
Digo qué, venga pronto el honorario,
Juro y lo necesario
Que nunca he procedido sin malicia.
Otra esclamó: dos años fuí la esclava
Del doctor Dromedario
Gran médico ramplon: Recipe: un dracma
De lo que se le antoje al boticario.
Si amanece el enfermo algo aliviado
Déselo una paliza de este lado;
Y si amanece muerto, bien me fundo,
La vida es una plaga:
Venga, venga la paga
Y que vaya con Dios al otro mundo.

Otra gritó: vosotras ¡rara cosa!
Estais hablando, sin saberlo, en prosa,
Y tras de tanta charla y tanta plática
No entendeis una jota de gramática.
Yo fuí la diversion de un pedagogo
Que le enmendó la plana
A Miguel de Cervantes y á Mariana.
Es el verbo *tener*, verbo apreciable,
Inicua, detestable,
La palabra "pobreza"
No es parte en la oracion por su bajeza.
¡Qué bien hablan los ricos,
Aunque sean tartamudos y borricos!
A esta sazon, un Ruiseñor que estaba
En verde ramo de palmera hermosa,
Cerca de su adorado y dulce nido,
Quiso mostrar su habilidad famosa,
Y entonó sus canciones,
Como á solas en otras ocasiones.
Callaron las Cotorras un momento,
De racimo en racimo el vuelo alzaron
Y luego á un tiempo todas esclamaron,
Haciendo coro á cierta charlatana,
Que debia ser cotorra capitana:
¡Fuera, fuera del bosque el atrevido!
Su canto es el rebuzno del jumento,
Destrocemos su nido
Y no halle entre nosotras paz ni asiento.
¿No veis cuán orgulloso se ha posado
De la flexible palma en lo encumbrado?
¿Quiere enseñarnos? ¡vaya un mentecato!
Pues sepa el muy palurdo, el muy pajuato,
Que aunque parezca ruido de matraca
De este nuestro *ras, ras*, nadie nos saca.

Con fiera saña el nido destrozaron,
Los hijuelos mataron:
Al Ruiseñor por cierto
Lo dejaron por muerto,
¡Y en tanto pregonaban
Que lo bueno y lo justo practicaban!
Así sucede al que lucir pretende
Su rara habilidad entre ignorantes,
Le sacrifican ántes.
Difícil es hablar al que no entiende.
Apartate del necio
Que solo de lo inútil hace aprecio,
Y no eches en olvido
Que nadie por callar fué perseguido.
Oh! cuántas veces por sellar el labio
Aun el mas necio se convierte en sabio.

Los hombres de genio, superiores á sus contemporáneos, en todos tiempos han sido el blanco de la envidia; pero las injustas persecuciones han aumentado su gloria. Ellos se parecen á los guerreros, á quienes cubren de honor las heridas y las cicatrices adquiridas en los campos de batalla y que si sucumben dejan una memoria dulce y eterna. Al morir el héroe principia su vida en la historia.

Dicen los dos últimos versos de esta fábula, que escribí hace algunos años.

¡Oh! cuántas veces por sellar el labio
Aun el mas necio se convierte en sabio.

Esta es una regla muy útil en la vida práctica; pero no aplicable á los grandes hombres, heraldos de las grandes verdades.

Si dejando á un lado esos seres privilegiados que son pocos en cada siglo y que llevan la palabra para representar á la humanidad y hacerla avanzar en la senda del progreso, nos referímos al comun de los hombres, no queda duda que en el trato civil el silencio es á menudo prueba de discrecion y de prudencia. Cuando lo que se habla no es á tiempo ¿qué bien puede producir? mas fácil es que produzca el mal. El refran advierte

que "el que mucho habla mucho yerra." En este sentido es que lo aconsejamos; no porque consideremos á la ignorancia con derecho á hacer enmudecer á los talentos superiores. El silencio de estos seria el velo de la verdad, y la verdad debe aparecer á todas horas diáfana como la luz del sol y tan benéfica como sus rayos que vivifican la naturaleza entera. Cierto es que se cubre el ánimo de pena si dirigímos una mirada al pasado, viendo los varones ilustres de todas las épocas por lo comun víctimas de la injusticia; ¿pero qué importa, por ejemplo, que la inquisicion fulminara sus rayos contra Galileo si al fin la verdad quedó en su lugar? ¿Qué importa que se abrieran las puertas de una cárcel para Cervantes, si de allí habia de salir el héroe manchego á dar cima á su mayor aventura, variar el espíritu de aquella edad destruyendo la funesta caballería andante; á recorrer el mundo en todos los idiomas y á pasar de siglo en siglo siendo regocijo de las musas, admiracion de los sabios, entretenimiento de los ignorantes, y ramillete en fin, de todas flores? ¡Oh España, España! mejor has hecho en coronar á Quintana que en erigir estatuas á Cervantes. ¿Qué puede decir el mármol de aquel que vive en la memoria de la humanidad, como Homero, como Luis Camoens? Ahora tiene un altar en cada pecho, y con todo, murió oscuro, pobre y perseguido. Lo mismo le sucedió al divino anciano, cantor de Aquiles: Cimea, su pueblo natal, le negó una pension y se vió reducido á la mendicidad: lo mismo á Camoens, murió en un hospital. Pues bien, Homero tiene una estatua que no podrá jamás levantarla igual ningun príncipe de la tierra, la Iliada: Camoens la suya, la Luisiada; y el manco de Lepanto la suya, el Quijote. Estas estatuas tienen la ventaja de que son movibles, deleitan, encantan, instruyen, consuelan, y elevan el alma sobre tantas pequeñeces que constantemente nos rodean.

No se crea que me parecen censurables las demostraciones conque los pueblos significan su veneracion hácia los varones insignes que han existido; hasta para estimular la virtud convienen esos justos homenajes; lo que he querido decir es que las naciones honrando en vida á sus hijos se honran en gran manera así mismas, tanto en la gloria del genio de aquellos, que es su propia gloria, como en lo que tiene de sublime hacerse toda una sociedad superior á las pasiones comunes y mezquinas, lo cual supone cierto espíritu de justicia, cierta magnanimidad propia únicamente de los grandes pueblos.

EL LIMONERO Y LOS BEJUCOS.

Unos torpes Bejucos,
Al pié de un Limonero
El mas fuerte y lozano,
Se cuenta que nacieron.
El no les hizo caso,
Y entre sus ramas luego
Sus miserables hilos
Poco á poco estendieron.
Pronto el desventurado,
En red traidora preso,
Librarse ya no pudo
Del duro cautiverio.
Los infames Bejucos
Con su follaje espeso
Consiguieron privarle
Hasta del sol benéfico;
Y el que vivir pudiera
Gala del monte siendo,
Al fin cayó rendido
Del ominoso peso.
Así á la tierna infancia
Dañan los vicios feos;
Si vejetar se dejan,
Traslado al Limonero.

No tiene el hombre obligacion mas santa que la educacion de sus hijos, esta importa aun mas que su instruccion, con la que suele confundirse; pero que es cosa muy distinta. El medio de lograr tan gran bien es nutrir sus tiernos corazones con máximas sanas, útiles consejos y un noble y constante buen ejemplo. El padre que se interese, como es natural, por la felicidad de sus hijos, aunque él se halle en la senda del mal, no se presentará jamás á sus ojos de un modo indigno; porque apénas advierten sus malas acciones, no solo le pierden el respeto y hasta el amor, sino que tratan de imitarle y desde aquel instante dan el primer paso en la triste carrera de su desventura. ¡Oh lector! si eres padre de familia, ó amas la infancia, ten siempre presente que todo lo que se dice, ó se hace, delante de los niños, influye en bien, ó en mal, en su destino; porque su alma es semejante á la plancha del retratista colocada en la cámara oscura del aparato de Daguerre, donde la luz graba los mas menudos objetos, aunque se tome la vista de todo un campo. Ellos no pierden ni una palabra, ni una mirada; esa palabra y esa mirada vendrán con el tiempo á reclamar su puesto y acaso á dominar su espíritu. Tambien te diré brevemente algunas cosas, fruto de mi observacion: si compras naipes un dia y otro dia para que se diviertan tus hijos, ó los conduces á las casas de juego, llegarán á ser unos jugadores y por consiguiente, unos desgraciados. No lleves tus hijos tampoco á la valla de gallos: las *peleas* forman un espectáculo cruel, repugnante é indigno de que lo presencie la niñez. Las madres no aduerman á sus hijos que se hallan en la lactancia con licores espirituosos, porque es infiltrarles el veneno de la imtemperancia: dichosamente esto es rarísimo en Cuba. No humilles con injurias á tu esposa, y ménos delante de tus hijos, porque no humillas á tu esposa, si no á la madre de tus hijos, que deben creerla modelo de perfecciones. No dejes que tus hijos crezcan, luego que entran en la comprension, al lado del esclavo, ó esclava; é infórmate con la mayor proligidad de las cualidades del educador á quien los confies porque se le parecerán: el educador es un segundo padre y la educacion una segunda naturaleza. La madre dé el pecho á su hijo, si no tiene imposibilidad física; Dios puso para eso en su seno dos fuentes de vida. El niño sin el calor del regazo materno será enfermizo, llorará á media noche y no habrá quien lo arrulle, porque la tierna solicitud que ampara su debilidad la puso Dios solamente en el corazon de la madre. No enseñes á tus hijos valiéndote del rigor, válete del amor, ¿por qué los privas de participacion en los francos y dulces afectos, que son el manantial de la dicha de la familia, y prefieres una severidad necia? Trátalos como amigos, y así sabrás sus mas íntimos pensamientos y podrás dirigirlos.

mejor. Aleja tus hijos del ocio y de la molicie: fortalece su espíritu y acostúmbralos á moderados ejercicios corporales, á fin de que si son ricos, no les sorprenda ni les anonade la pobreza; si son pobres, dales á entender el valor de la virtud, y díles: el hombre es creador de capitales. Ama á los niños: es un perverso aquel que no los ama, porque la inocencia está llena de gracias. ¡Cuánto los amaba Jesucristo! El niño débil de hoy será el hombre fuerte de mañana; por eso conviene, sobre todo, inculcar en su espíritu ideas de equidad y de justicia.

EL MAJA Y LA JUTIA

En una áspera montaña
De Cuba, mi patria hermosa,
Tierra la mas deliciosa
Que el sol con sus rayos baña,
Creció una verde *baria*
En cuya copa frondosa
Habitaba venturosa
Una inocente *Jutía.*
Vióla un enorme *Majá*,
Subió al arbol y engañoso,
Le dijo muy cariñoso:
Mi señora ¿cómo va?
Temblaba la pobrecita,
Y el culebron con dulzura
Prosiguió: mi vecinita,
¿Por qué esa negra pavura?
Ella entónces azorada
De rama en rama corriendo
Se alejó; mas ¡desgraciada!
El monstruo la iba siguiendo.
Bueno es que tengas cordura,
Decia muy cortesano,
Si te arrojas de esta altura
No te queda un hueso sano.
El pueril miedo depon,

Ven conmigo á la ladera
Y verás la madriguera
De tu amigo el culebron.
Comerás frutas, pues vivo
De las frutas solamente
Y no de sangre inocente,
¡Yo soy tan inofensivo!
¡Oh, mi simpática amiga!
Déjame acercar y advierte
Que la vecindad me obliga
A procurarte y quererte.
Tente, tente, ¡oh!.. ... la *Jutía*
En aquel instante mismo
Con heroica valentía
Se arrojó al profundo abismo;
Y entre hojas, troncos y ramas
Halló vida y libertad,
Triunfando de la maldad
Y de sus pérfidas tramas.
El instinto salvador
Nos manda que cuando estemos
Entre dos males estremos
Escojamos el menor;
Mas para el hombre cobarde
No es de esta fábula el fruto,
Que el ánimo irresoluto
Siempre se decide tarde.

Cuando nos vemos en medio de diferentes peligros debemos tomar una resolucion instantánea: en estos casos la mucha reflexion, tan conveniente en el curso ordinario de la vida, seria una verdadera imprudencia. Supongamos que un hombre tiene una herida en una mano, ha comenzado el cáncer y el cirujano declara que es necesario cortarla; mas duda, pide tiempo para reflexionar, aguarda al otro dia y ya es preciso cortar

todo el brazo; si aun espera, su muerte es segura. ¿No hubiera sido mejor cortar la mano el primer dia?

El instinto de la propia conservacion nos señala entre varios peligros cual es el menor, y aquel que tiene un ánimo fuerte no titubea, lo arrostra, y entregado en los brazos de la Providencia muchas veces sale victorioso; mas el hombre de ánimo apocado y el necio, aguardan y les tocan mayores dificultades. Entiéndase, sin embargo, que estas resoluciones breves en que hacemos tan poco uso de la reflexion son muy contadas, porque siendo la reflexion la luz que nos guia. en nuestros actos debemos considerarnos sin ella como el que sigue una senda desconocida en la oscuridad de la noche, muy espuesto á estraviarse. En una palabra, en los grandes peligros debemos reflexionar instantáneamente, decidir lo que nos conviene y obrar en seguida.

Hay ocasiones en que tenemos que escoger hasta el género de muerte ménos cruel. Para probarlo voy á referir una historia sumamente lastimosa, un hecho que pasó hace poco tiempo y de que se han ocupado todos los periódicos. Un buque americano, creo que se llamaba el "Austria", navegaba de Hamburgo á Nueva York, cuando se incendió en alta mar. A medida que el fuego tomaba incremento los pasajeros se agrupaban á uno de los estremos. Absolutamente no pasaba ningun otro buque que pudiese darle auxilio y la situacion de todos los de abordo era cada vez mas desesperada, pues se habian incendiado los botes. Ya el calor era insoportable, el humo los envolvia y las llamas se acercaban instante por instante.

Venia á bordo un señor con su esposa y varios hijos: viéndose en la terrible alternativa de morir ahogado, ó quemado, se decidió por lo primero: tomó en sus brazos á su esposa, la abrazó, la besó enternecido, le dió el último á Dios y la arrojó al mar. Lo mismo hizo con todos sus hijos uno á uno, ménos el mas tierno que estaba en la lactancia, á éste lo tomó en sus brazos, lo estrechó, y bañado en lágrimas se lanzó con él al abismo, que les abrió á todos la tumba.

Igual suerte les tocó á casi todos sus compañeros de infortunio. pues una embarcacion que pasó á las dos horas solo recogió unos pocos náufragos que asidos de una tabla pudieron sobrevivir á tan espantosa catástrofe.

EL ASNO QUERIENDO UN EMPLEO.

Un Asno, contemplándose privado
Del honor de la espuela y de la silla;
¡Honor? la necedad me maravilla;
Mas me toca pintar en este asunto
La histórica verdad punto por punto.
Digo, pues, que le habian jubilado
Por malo, y además por achacoso,
Que pegaba una coz al mas pintado,
Y que estaba muy triste y muy quejoso,
Siendo así que debia en dulce anhelo
Dar por su libertad gracias al cielo.
Que esto de estar paciendo noche y dia,
O tendido en el campo á la bartola,
Es el gran bien de los que llevan cola;
Mas, á la suerte el mísero maldijo
Y al padre de los dioses así dijo:
¡Sabeis quien lleva ¡oh Jove justiciero!
La campanilla que á las bestias guia
Por voluntad del descuidado arriero?
Un asno mentecato y marrullero;
Pues yo sí que debia
Hallarme en su lugar, que ciertamente
Esto á todos seria conveniente.
Si es así, dijo el dios, ya te he escuchado
Y tendrás un empleo señalado,

Sin nada de *tin tin* por el camino:
Irás á darle vueltas á un molino:
Tendrás racion de palos, por supuesto,
Y sépase que hago esto
Para escarmiento justo y provechoso
Del mal intencionado y calumnioso.
Jamás para medrar desacredites
Ni á tu propio enemigo, que no es bueno
Ir para arriba con el daño ajeno.

Es muy comun, con especialidad en los pretendientes de empleos, creer, ó por lo ménos suponer, que ellos solos son dignos de desempeñarlos, y atacan por cuantos medios pueden la buena fama de los que los sirven, aunque sean hombres justos y próbidos. Nada debe hacerse en el mundo con daño de nuestros semejantes, aunque sea en nuestro beneficio. Aun cuando el que ocupa un destino no lo merezca y lo deba á la intriga, ó al favor, esto no constituye un mérito en quien aspire á sucederle, y si no presenta títulos mas nobles no será mènos injusto dárselo á él que no quitárselo al otro. Si generalmente es un defecto de los mas feos subir por tan ruin escalon; ¿qué dirémos cuando se ponen en juego las armas de la calumnia para derribar al empleado pundonoroso, cuyo delito es á veces haber cumplido religiosamente su deber?

LAS RANAS DICTANDO LEYES.

Cierto dia se juntaron
Las Ranas de un platanal
Y con las de un lodazal
Muchas cosas acordaron:
Varias leyes promulgaron
Para los brutos, ufanas;
Pero fueron leyes vanas,
Que ninguna se cumplió;
Oh! ya se ve ¿quién metió
A dar leyes á las Ranas?

Nada hay mas ridículo que la vanidad necia, ó impotente.

LA SALUD LA DICHA Y LA RIQUEZA.

Doña Salud, graciosa señorita,
Que aun en traje de casa
Cautiva la atencion por lo bonita,
De medios de vivir se hallaba escasa;
O si por ser activa y laboriosa
Vivia en la abundancia y el contento,
No es cosa sustancial, y sigo el cuento.
Con plácida alegría
Así echaba sus cuentas cierto dia:
No conviene á una jóven vivir sola;
Diré á la Dicha: júntate conmigo;
Y sí, como lo espero, esto consigo,
Las dos nos unirémos
Y como dos hermanas viviremos.
Pasó á verla al momento,
En ocasion que en su morada estaba
Doña Riqueza, estúpida señora
Que la atormenta y sigue hora por hora,
Pidiéndole mil bienes
Y que siempre recibe mil desdenes.
¡Oh! ¡qué raro contraste!
Salud y Dicha, bellas, sin iguales,
Así vestidas con modestia suma,
Parecian dos seres celestiales;
La otra llevaba encima

Mas oro y pedrería que Motezuma.
Estaba bella, espléndida, radiante;
Mas ¡ay! la palidez de su semblante,
Su inquietud, su fastidio, su mirada,
Todo decia: ¡pobre desgraciada!
  Luego que oyó á Salud y vió que Dicha
Pactó, desde aqueldia,
Vivir con ella en dulce compañía,
Dijo: si me admitis á vuestro lado
Correré con los gastos, y sin tasa
Habrá un lujo oriental en nuestra casa.
¡Oh, qué bien vivirémos!
Admitidme, las tres ¡cuánto podemos!
  Sí, vendrás, mi querida,
Le repuso Salud; pero te advierto
Que has de cambiar de género de vida.
Sin duda cederá en tu beneficio
Abandonar el vergonzoso vicio.
  Tambien á la ambicion darás de mano,
Observó Dicha, que su aliento insano
Aleja la alegría y le hace mella;
¡Oh! yo no quiero estar donde está ella.
  ¡Ay!, esclamó llorando la Riqueza,
Idos, idos,...... ¡no puedo acompañaros!......
Si encontrais á la tímida Pobreza,
Decidla que es injusto su lamento,
Que en mi pecho se alberga el sufrimiento.
  Y tú ¡oh Salud! mi suerte compadece,
Sin tí, deidad querida,
Teje el dolor el hilo de la vida.

Solo se conoce el valor de la salud cuando la perdemos. ¿Por qué los jóvenes no la miran como el mayor bien de la vida, por qué la esponen tan fácilmente? Sin duda porque no se detienen á reflexionar en los terribles padecimientos físicos y mo-

rales que no pocas veces reducen el hombre á una completa inutilidad, constituyéndole en un ser infeliz digno de lástima. Es un insensato aquel que no hace aprecio de su salud. ¿De qué valen el oro, el poder; de qué valen todos los atractivos del mundo para el pobre enfermo á quien agovia constantemente el dolor? Si queremos acercarnos á la felicidad, tengamos buenas costumbres, seamos parcos y sobrios en la mesa, laboriosos sin exceso y moderados en todos nuestros deseos. Tengámosle horror á los vicios porque no solo aniquilan el cuerpo y envilecen el espíritu, sino que por ellos se forman generaciones de seres raquíticos y desventurados. ¡Qué triste herencia transmite el vicioso á su inocente descendencia!

Una salud bien conservada es regularmente indicio de un vivir metódico, previene á favor del individuo y nos coloca en aptitud de emprender cualquiera tarea. Hasta el alma para el libre ejercicio de sus funciones, en virtud de su admirable union con la materia, necesita de la salud para producir en apacibles horas frutos sazonados. El dolor corta el vuelo al pensamiento: el vicio llega á matarlo y tira á sustituirlo con la imbecilidad.

Cuando las enfermedades nos vienen por causas involuntarias, no tenemos de qué acusarnos; pero cuando las buscamos, cuando carecemos de dominio sobre nosotros mismos y cedemos á los alhagos de las pasiones desordenadas, un remordimiento amargo aumenta la suma de nuestros sufrimientos y en verdad que somos desgraciados cuanto hemos sido débiles é imprudentes. Admira el número de los padecimientos á que nos hallamos espuestos, tanto en el mundo físico como en el moral, mas vasto y con mayores penas. ¿Por qué no hemos de procurar la conservacion de la salud, siquiera en cuanto de nosotros dependa? No solo la del cuerpo, si no la del alma. ¿Qué vale la una sin la otra? son dos gemelas. Quitadle á un hombre la paz del espíritu, dejadlo en lucha con el remordimiento del crímen, y aunque tenga mas fortaleza que Hércules y mas oro que Creso, será un infeliz enfermo, pobre y mas débil que un tierno niño.

EL CABALLO CRIOLLO Y EL AMERICANO.

Un caballo americano
Se cuenta que cierta vez,
Al notar la pequeñez
De otro caballo cubano,
Con desprecio le miró;
Mas el "criollo" arrogante
Al momento lo advirtió
Y dijo: señor jigante,
De su tamaño me admiro,
De su pujanza jamás,
Que siempre lo dejo atrás
En la carrera y el tiro.
No siguió el rocin hablando,
Lo engancharon en un coche
Y todo el dia y la noche
Se la pasó trabajando;
Y cuando llegó á volver
Al establo muy contento,
Sin buscar el alimento,
Era muy digno de ver
Qué gallardo y qué lozano
Se encabritaba gracioso,
Tanto que el americano
Así le habló respetuoso:
Si en tan continuas faenas

Me viera dia tras dia
Como usted, yo moriria
Abrumado de las penas.
Dijo verdad, pues señor,
¿Por qué en Cuba acostumbramos
Dar á lo estraño valor
Y lo nuestro despreciamos?

El lujo con su acostumbrada frivolidad desprecia los caballos "criollos", que son tan fuertes y sufridos y por lo general tan gallardos y bien formados. ¿No seria un bello alarde de ilustracion y de patriotismo preferirlos y empeñarse en perfeccionar las razas? Pagamos una fuerte contribucion al estrangero comprándole lo que podiamos venderle, y esta se duplica con el consumo del heno y de la avena que no produce nuestro pais; puede decirse que el lujo paga un interes sobre el capital propio que invierte.

EL CONGRESO DE LOS ANIMALES.

Llenos de vanidad los animales
Un dia se juntaron
Y probar intentaron,
¡Oh lector! no te asombres,
Que eran superiores á los hombres.
Habló el Solibio y dijo:—Yo por cierto
Solo una cosa advierto:
De todos los solibios son los nidos,
Del oriente al ocaso,
Con igual artificio entretegidos,
Sin que exista en contrario un solo caso.
¡Tal es nuestro saber y buena estrella!
¿Las obras de los hombres
Tienen esta igualdad sublime y bella?—
Le interrumpió la Abeja, y así dijo:
No; no prosigas, hijo,
Vé á mi colmena, mira mis panales,
Y pregunta á los pobres racionales,
Si se atreven á hacer tantos primores,
A construir la cera,
Y á libar el almíbar de las flores.
A esto esclamó el Sinsonte:
Soy delicia del monte,
¿Hará el hombre otro tanto?
¿Podrá esceder á mi armonioso canto?

y

El Castor añadió: mi cueva cara
Es muy curiosa y rara.
El Tigre cruel le interrumpió diciendo:
Os miro discurriendo
Sobre lo ya sabido y olvidado;
¿Qué vale un hombre á un tigre comparado?
¿Cuándo en lucha leal, en campo abierto
El no huyó con pavor, ó quedó muerto?
Salvo su ruin astucia y humos vanos
Me son muy inferiores los humanos;
Que mi valor, mi fuerza y mi fiereza
No se las otorgó naturaleza.
El Gato dijo: Muchas ocasiones
Vi al hombre perseguir á los ratones,
Que de su vano empeño se burlaban
Y entre sus propias manos se escapaban.
Temen ellos mi nombre
Mas que el fusil, el sable y la granada,
Y otro cualquier mortífero aparato
Que invente la maldad mas refinada:
¿Qué vale un hombre comparado á un Gato?
El Mono dijo: ¡Vayan unas tretas!
En hacer morisquetas,
(Voy á dar mi opinion, libre de encono)
¿Qué vale un hombre comparado á un Mono?
¿Me igualará en brincar, correr, torcerse,
Girar, venir, volverse,
Y todo con variadas musarañas?
Entónces las Arañas
A su vez desfilaron,
Y así en su abono hablaron:
Nosotras construímos redes tales,
Prisiones de pequeños animales,
Que por muy ingeniosas se celebran,

Los fuertes las desprecian y las quiebran;
Mas si mayores fuéramos,
Siquiera del tamaño de una vaca,
Por clara consecuencia ¿quién no saca
Que hasta al hombre prendiéramos?
Si en el tejer entramos en campaña
¿Qué vale un hombre al lado de una araña?
Alto ahí, mis señoras,
Interrumpió un Gusano;
Aunque vosotras sois enredadoras,
Tejeis con fin insano,
Y vuestro inútil hilo atras se queda:
Yo soy el fabricante de la seda.
Tengo el primer lugar en el oriente,
Y se aplauden mis hebras celebradas
En todo el mediodía y occidente
Por reyes y por príncipes buscadas.
¿Sin mí, qué fuera el lujo?
¿Qué fuera la mujer, por siempre ansiosa
De parecer hermosa?
A nadie es un arcano
Mi incuestionable mérito:
¿Qué vale un hombre al lado de un Gusano?
Así los animales reunidos
Sus raras cualidades ponderaban,
Unos despues de otros, muy creidos
Que su objeto alcanzaban;
Mas, presentóse de improviso el hombre
A defender su causa así diciendo:
Que asista á este congreso no os asombre,
Todo lo he estado oyendo.
Yo soy tigre, pues tengo su fiereza,
Soy paloma, pues tengo su ternura,
Soy araña que enredo á la ventura,

Soy el leon que ataca con nobleza;
Soy el perro, leal entre leales,
Soy *camaleon*, voluble y lisonjero,
Soy el mono, el cordero;
Soy cuanto pueden ser los animales:
Pérfido, consecuente, bondadoso,
Cobarde, valeroso,
Iracundo, traidor y vengativo,
Benéfico, cruel y compasivo.
La obra mas perfecta del Eterno,
El vicio me convierte en vil escoria,
Direis que soy un ángel de la gloria,
Direis que soy demonio del infierno;
Mas tengo libertad, prenda tan bella
Que ningun otro bien es como ella.
En todas ocasiones
Le respondo á mi Dios de mis acciones,
Pues me prestó de su divino aliento
La llama celestial del pensamiento.
Acábese por fin esta porfía,
Que es la razon mi guia,
Y vosotros por medio muy distinto
Solo teneis instinto.
Pronto los brutos convencidos fuéron
Y al rey de lo creado obedecieron.
Si la santa razon con su luz bella
Es á la humanidad hermosa estrella
Que alumbra su camino,
¿Hay mayor desatino
Que obrar contra razon, dando á ocasiones
Entera libertad á las pasiones?
Sé justo, razonable,
Y gozarás de dicha inalterable.

¡Qué admirable es la inmensa cadena de los seres animados, desde el hombre, la obra mas perfecta de la mano de Dios, hasta el pólipo, que participa de propiedades vegetales! Ofrece un espectáculo digno de la grandeza de su autor, tanto en su vasto conjunto como en sus mas menudos detalles, porque ¡con qué rara habilidad aun el mas menudo insecto, se hálla provisto de todo lo que le es necesario, segun el clima y el elemento en que vive. ¡Qué acierto en todo, como esclama un distinguido naturalista, qué prevision! Si los animales tuvieran el don de comprender y de hablar su primera palabra seria un himno de alabanza al Padre comun. Pero si ellos le son deudores de un admirable organismo adecuado á las condiciones de su existencia; si unos tienen alas para surcar velozmente el aire, otros miembros natatorios para habitar en el agua y otros se arrastran lentamente sobre la superficie de la tierra, ó la recorren en sus mas vastas soledades, ¿qué dirémos del hombre, á quien Dios dió la razon, destello de su divinidad, y con ella el cetro de lo creado? ¡Oh Dios mio! ¡Qué grandiosa es esta alma inmortal que permite á una de tus criaturas elevar á tí su pensamiento, amarte y bendecirte! Mas ¡ay! ¿Hace siempre el hombre buen uso de la razon? ¿Por qué le ha servido para crear tantos males artificiales, ha colocado el odio donde debiera estar el amor, ha puesto una barrera insuperable á la fraternidad universal, se ha valido de la envidia y ha derribado el mérito; se ha valido de la ira, del poder, de la venganza, y ha enterrado el puñal en el pecho de su inocente hermano? ¿Por qué, pues, el perdon, el amor, la justicia, no son la consecuencia del gran bien de la racionalidad? ¡Oh Dios! Podemos alzar la frente y decir: somos los monarcas de la creacion, pero ¡ay! que tambien somos esclavos de nuestras pasiones, es decir, de nosotros mismos, la peor de las tiranías; y somos además parte del polvo de la tierra. De nuestros cuerpos han de brotar las plantas que nacen en los sepulcros, y ántes, bajo la forma mas repugnante que á nuestro modo de ver puede tomar la materia, han de brotar tambien innumerables insectos...... ¡Qué mezcla tan sorprendente de grandeza y de miseria! Con todo, el alma es inmortal; en su enlace transitorio con el cuerpo, parece á veces que aspira á romper sus ligaduras, para penetrar en regiones desconocidas......

Nada tiene el hombre que envidiar á los brutos: si ellos son fuertes para resistir la intemperie, él construye una cabaña, ó un palacio, y encuentra mejor abrigo contra el rigor de las estaciones: si para ellos se cubre el campo de verde yerba que les sirve de alimento abundante, sin regar la tierra con su sudor, él santifica el trabajo y lo convierte en manantial de su dicha; si ellos poseen ciertas cualidades muy características, como el

leon la valentía, el perro la lealtad, el tigre la fiereza; él puede ser aun mas valiente que el leon, aun mas leal que el perro, aun mas feroz que el tigre. No hay en la creacion un ser mas poderoso para el bien y para el mal; pero por lo mismo que cuenta con las pasiones, que son las que le imprimen esos diferentes caractéres, moderándolas, dirigiéndolas, caminará en derechura á la felicidad, del modo que puede esta exirtir en el mundo.

EL MAJA, EL GATO Y EL RATON.

Del gajo de un ciruelo
Saltó un Gato cazando un Ratoncillo,
Mas al tocar el suelo,
Al estender su garra
Para engullirse al pobre animalillo,
A él le asió un *Majá* que le atisbaba
Y al pié del tronco entre la yerba estaba.
El Gato, temeroso de la muerte,
Viéndose prisionero de tal suerte,
A la temible fiera
Se cuenta que le habló de esta manera:
Poderoso señor, humildemente
Reclama tu piedad un inocente.
¿Qué ignorado motivo
Pudo engendrar el odio que me tienes?
Yo con los culebrones en paz vivo
Y en nada te ofendí ¡ay! ¿por qué vienes
A quitarme la vida
Tan dulce y tan querida?
Le contestó el *Majá*: Dime, insensato,
¿Será ménos amable
La vida del Raton que la del Gato?
¡Oh tú, el mas miserable,
El mas traidor y crudo!
¿Con la ley del embudo.

Pretendes defenderte
De una segura muerte?
¿Cuando piedad tuviste
De aquel que perseguiste,
Ni quién te autorizó bajo y astuto
Para sembrar el luto
Entre las sabandijas afligidas?
¿No aman ellas tambien sus caras vidas?
Dijo, estrechóle con feroz violencia,
El feo cuerpo en nudo convertido,
Y acabó con su mísera existencia.
El feliz Ratoncillo huyó azorado,
Volando, no corriendo,
Y al llegar á su cueva entró diciendo:
¡De qué grave peligro me he escapado!
Vaya que el señor Gato, ya difunto,
Alegaba en su apoyo unas razones
Que nunca quiso oir á los Ratones.
¡Cuánto media, lo tengo conocido,
De opresor á oprimido
En el modo de ver lo justo ó injusto!
¡No pasaré en un mes este gran susto!
Así el animalito razonaba
Y el placer de la vida saboreaba;
Mas, cambiemos de nombre,
Dejemos al raton, vamos al hombre:
¿Por qué á menudo olvida
Aquella gran sentencia tan sabida?
Trata á tus semejantes, cual quisieras
Que en igual situacion tratado fueras.

Jesucristo ha dicho: perdonad, amad á vuestros enemigos. ¡Qué palabras tan digna de un Dios!

Cuando Moises bajó del monte Sinaí trayendo las tablas de las leyes divinas, púso la piedra fundamental de nuestra su

blime religion; esas leyes se reducen á este sencillo precepto: "ama al prójimo como á tí mismo." De aquí parte la única esperanza en el bien que abriga el linaje humano y de aquí la caridad evangélica. El Divino Maestro fué el que dió fuerza á esa voz que habia oido Israel en sus primeros tiempos, voz de Dios, que enseñaba y ordenaba como un precepto la verdad, la justicia y el amor.

LA COTORRA Y EL CERDO.

Entre las garras de un can
Una Cotorra se hallaba
Y á un Cerdo con negro afan
En su socorro llamaba.
El la vió y dijo: ¡Infeliz!
La vida te salvaré,......
Pero primero veré
Concluir este maíz.
Amiga Cotorra, aguarde.
Ella entónces media loca
Gritó del can en la boca:
No venga, porque ya es tarde.
Esta fabulilla esplica
Como el remedio del mal
Nada sirve en caso igual
Cuando á tiempo no se aplica.

Cuando se nos pide un favor y determinamos concederlo debe ser franca y prontamente, porque con la tardanza será tal vez inútil, ó por lo ménos, habrémos disminuido sus buenos efectos. Las cosas fuera de tiempo pierden su valor.

LA PALMA DEL BOSQUE.

Una gallarda Palma muy frondosa
Llegó á ser la mas alta, descollaba
Sobre todos los árboles hermosa
Y su espeso follaje se veia
Antes que el verde bosque en que se hallaba.
La torre de una iglesia parecia;
Y si el símil seguímos,
Tenia por campanas los racimos,
Por música, los cánticos suaves
De las pintadas aves
Y por banderas las flexibles pencas;
Como en dia de fiesta, aunque no iguales
En tamaño y color, vence á ocasiones
En las mas celebradas catedrales
Las insignias de pueblos y naciones,
Y así las mueve el viento, cual movia
En una fresca y plácida mañana
Las verdes hojas de la Palma indiana.
Mas, cuando mas dichosa y altanera
Gozaba tanto bien, y llegó mayo
Cubriendo de mil flores la padrera,
Tronó, se abrió una nube y de su seno
Lanzó un violento y espantoso rayo
Que la hirió cruel y le causó la muerte.
Debió á su elevacion su triste suerte,

¡Qué malo es verse en peligrosa altura!
El ánsia de subir es gran locura,
Jamás el rayo demostró su enojo
Con la salvia, el tomillo y el hinojo.
Yo siempre digo: vaya una porfía:
La dicha solo está en la medianía.

El hombre viene al mundo tan débil, tan indefenso, tan pobre de todo, aunque se le mesa en cuna de oro, que sin el auxilio maternal moriria. ¿Por qué, pues, cifra su dicha, luego que tiene conciencia de las cosas, en el oropel, en el humo de la vanidad? El que ocupa un alto empleo, ó se ve colocado en una posicion prominente por sus riquezas y su influencia, sirve de blanco á los tiros de sus rivales, de los envidiosos, de la malignidad que se complace en herir aunque no le venga provecho, y de aquellos á quienes no puede complacer en sus exajeradas y á menudo injustas pretensiónes. Si buscamos la verdadera dicha, no la hallarémos por cierto donde tienen su asiento la ansiedad, la inquietud, el recelo, y á veces las iras del odio y de la venganza. El poder y el oro son los dos puntos hácia donde se dirijen todas las miradas, todas las aspiraciones de la mayor parte de los hombres; pues bien, no pasa de una engañosa ilusion lo que tienen de alhagüeño, y son el orígen de muchos disgustos y de amargos pesares. Un espíritu recto siempre buscará la felicidad en las delicias de la vida privada, desde la cual podrá prestar á todas horas importantes servicios á la patria. Esto no es pretender que se alejen de los cargos públicos los hombres prudentes y de verdadero mérito; al contrario, deben desempeñarlos sacrificando su propia dicha, puesto que cuanto poseen y ellos mismos pertenece á la sociedad, y en esos puestos podrán hacer mucho bien; pero no dejarémos de advertir que el estremo contrario, es decir, la *empleo-manía* suele convertirse en plaga social que se desarrolla aniquilando las fuerzas productoras del trabajo, como el *oidium* aniquila la vid, ó la *guagua* el naranjo, y puede destruir por consiguiente el bienestar de una nacion. Todo empleo, por insignificante que sea, supone deberes muy serios y á veces muy penosos, y miéntras mas deberes tenemos mas coartamos nuestra libertad.

En cuanto á la sed de oro, esta tiene constantemente vacío y seco el corazon y es por desgracia el cáncer de las sociedades modernas: el que posee algo mas de lo necesario no está contento: quiere un millon de pesos, quiere dos, quiere, si es posible, toda la moneda circulante del mundo, porque la ambicion humana se parece al espacio, no tiene límites. Jamás

aconsejaré el completo desprecio del oro, solo podrán sinceramente despreciarle ciertas almas muy elevadas, los profundos sabios que han llegado á persuadirse de su poco valor: yo escribo para la generalidad de los hombres descendiendo á la vida práctica, y por lo mismo creo que todo el que es juicioso y prudente tiene el deber de reunir un capital que asegure su subsistencia y la de su familia; pero moderando sus deseos, porque de otro modo, se impondrá la pena de Sísifo, de quien supone la mitología que los dioses lo condenaron á subir un enorme peñasco á la cumbre de un altísimo monte y cuando llegaba al término de su trabajo rodaba la pesada mole á lo mas hondo del valle y tenia que comenzar de nuevo su eterna tarea.

LA CARIDAD.

En una noche fria y tenebrosa
Lloraba sin consuelo en su cabaña
Una infelice madre lastimosa,
Y al tierno niño, fruto de su entraña,
A quien el hambre horrenda devoraba,
Entre sus flacos brazos apretaba.
No tengo, le decia,
Alimento que darte, hijo querido,
¡Ay! cuando venga el dia,
De este mundo crüel habrás partido!
¡Ay! qué débil estás y qué estenuado!
¿Por qué, por qué, Dios mio,
Las fuentes de mi pecho se han secado?
Entónces arrullando al inocente,
Ya le estrechaba tierna y congojosa,
Ya le besaba la aterida frente,
Ya le cubria con su cuerpo ansiosa,
Cual si el süave calor de su regazo
En escudo invencible se tornara
Que á la muerte alejara;
O ya invocando á Dios loca, aflijida,
Quisiérale trocar vida por vida.
Mas de pronto detuvo su querella,
Quedando fascinada y silenciosa,
Porque entró en la cabaña vírgen bella,
Peregrina vision, hada graciosa;

El ángel del amor y la ventura,
Radiante de ternura.
En el mismo momento
Conmovida y feliz tuvo alimento;
Y al ver salvo su hijo,
Postrándose de hinojos,
Abiertos los raudales de sus ojos,
A la beldad le dijo:
¿Eres tú algun espíritu del cielo,
Que das la paz, la dicha y el consuelo?
   Soy, contestó, la Caridad; ¡oh hermana!
¡Tanta veneracion me maravilla!
Yo soy la mas humilde y mas sencilla.
Levántate y escucha:
Este bien que te he hecho,
Sepúltalo, sepúltalo en tu pecho;
Mañana, hermana mia,
No le digas al mundo alborozada:
La Caridad estuvo en mi morada;
Pero á solas dirás ¡oh Providencia!
No hay queja que no llegue á tu presencia.
   La Caridad es cual la flor del campo
Que ninguna le iguala
Y en el silencio su perfume exhala.

Cuanto se diga de la caridad es poco para enaltecer su mérito: sobre ella se apoya el cristianismo: ella es la que consuela al desgraciado, la que iguala al hombre con la Providencia, y la que sustituyó á la palabra "prójimo" la otra palabra "hermano", la mas dulce que puede pronunciar el labio con aplicacion á todos nuestros semejantes. La caridad es el sudario de Jesucristo donde el pobre enjuga sus lágrimas.

EL JILGUERO Y LA CHICHARRA.

¡Qué bien canta el sinsonte,
No conoce rival en todo el monte!
Así esclamó un Jilguero,
Parado en un frondoso limonero.
Oyóle una Chicharra y dijo airada:
Pues á mí no me gusta su tonada:
Es un pájaro necio, presuntuoso,
Burlon y fastidioso.
Mi canto es mas sonoro, mas seguido,
Mas fresco; mas igual, mas divertido;
No volvais á llamarle sin segundo
Miéntras haya chicharras en el mundo.
Suspenso y admirado
Quedóse el pajarillo al escucharla,
Buscóla con la vista, y sin hallarla,
Le replicó enojado:
¿Es posible, infelice,
Que crea lo que dice?
Pues sepa la procaz y vanidosa,
Que la van á tener por envidiosa
Y á decir que del otro en el descrédito
Ha querido labrar su propio mérito.
Esto habló y presuroso
Se alejó del insecto tormentoso,
Que siguió ponderando todo el dia
De su canto la májica armonía.

¡Qué fea es de sí mismo la alabanza!
Con ella siempre alcanza
El mas justo desprecio
La presuncion ridícula del necio.

La propia alabanza es gran prueba de necedad y cuando se ataca la reputacion de otro es claro indicio de malevolencia. Ya lo he dicho otras veces: el verdadero mérito siempre es modesto.

EL HOMBRE Y EL PERRO.

Preguntóle á un Perro un Hombre
Que cual seria mas fiel,
Yo, contestó al punto él,
Mi lealtad tiene renombre.
La respuesta le ofendió
Y abusando del poder,
¡Oh qué injusto proceder!
Fiero castigo le dió.
Mas pronto en tierna porfía,
De aquel agravio olvidado,
La mano del Hombre airado
Humilde el Perro lamia;
Y miéntras con inquietud
Su aspereza le angustiaba,
El su lealtad probaba,
El Hombre, su ingratitud.
Heraldos de la verdad
Son, queriendo oscurecerla,
Los hechos de la maldad
Que suelen enaltecerla.

En la anterior fábula un hombre se irrita contra un perro por su inocente alarde de una cualidad que posee en alto grado y que es apreciabilísima, la fidelidad. Obró cruelmente, y no queda duda que los malos hechos queriendo oscurecer la verdad solo sirven para enaltecerla; esto puede observarse á menudo.

EL TIBURON, EL TIGRE Y EL GANSO.

Del mar entre las olas
Estaba un Tiburon
Vertiendo mil injurias
Contra un Tigre feroz.
Ven al agua, decia,
No te detengas, no,
Y el otro contestaba:
Sal á tierra, traidor,
Donde se pisa firme
Quiero agarrarte yo.
Si al líquido te arrojas,
Replicó el Tiburon,
No dirás: en tal dia,
Tal cosa me pasó.
Así mas de dos horas
Estuvieron los dos
Exhalando en el aire
Su impotente furor.
Oyendo esta disputa
Un Ganso ¡qué simplon!
Corrió á decir al Tigre:
¿Quereis, noble señor,
Mi auxilio? ved que puedo
Con toda precaucion
Tirarle piedrecitas
A vuestro detractor.

Mas, premiareis sin duda
Señor Tigre, mi accion,
Quien quiere buen servicio
Paga al buen servidor.
Decid ¿qué me dareis
Si descalabro yo,
O si le saco un ojo
Al señor Tiburon?—
Todo lo que querrais,
La fiera interrumpió,
Oh!, comencemos ya
A maniobrar los dos:
Poneos así, delante;
No, detrás es mejor.
En el propio momento
¡Ah cruel! lo devoró,
Y este fué el resultado
De aquella gran cuestion.
?Quién del Tigre al rugido,
Quién llamó al graznador?
¿El interes? Pues sirva
Al hombre de leccion.

Mal consejero es el interes cuando no se ajusta á las reglas de la prudencia y de la moral. Sus aspiraciones son ruines: obra esperando la recompensa y por lo comun quedan burladas sus esperanzas.

LA PALOMA Y LOS MILANOS.

Detuvo una Paloma el fugaz vuelo
Del campo en el florido y verde suelo
Y se puso á picar las yerbecillas
Comiendo descuidada las semillas.
Seis hambrientos Milanos,
Ocultos en los árboles cercanos,
Vieron á la cuitada y cada uno
Esclamó para sí: buen desayuno,
De esta ave candorosa
Es la carne muy tierna y muy sabrosa.
En el mismo momento
Los seis sobre la pobre se arrojaron
Con tanta rapidez, con tal fiereza,
Que las garras y picos se clavaron
Unos á otros, sin lograr en suma
Tocar á la Paloma en una pluma,
Pues huyó á la montaña, presurosa,
Aprovechando la ocasion dichosa.
Dios castiga las pérfidas acciones
Y por los mismos hechos del malvado
El inocente, muchas ocasiones,
Del peligro mayor se ve salvado.

No debe el hombre desprenderse del mayor bien que puede poseer, su confianza en la Providencia. Valiéndose de medios que no hubiéramos podido imaginar, ella viene en nuestro auxilio en la hora del mayor conflicto, cuando nos parecen cerradas todas las puertas de la esperanza, y jamás deja de cubrir la inocencia con su escudo invisible.

LA FORMACION DEL PAPEL.

Así dijo el trapero:
Yo recojo los trapos,
Sin mí papel no hubiera.
Yo las màquinas hago,
Esclamó el fabricante,
Y mio es el milagro.
Es mio, porque he puesto
Lo principal del caso,
Dijo el capitalista
Que empleó su metálico.
Sin gacetas ni libros,
Observó el literato,
El papel fuera inútil,
Vale por mi trabajo.
Y tambien por el nuestro,
Mil voces esclamaron,
De impresores, libreros,
Litógrafos y tantos
Que en el papel encuentran
Su bienestar cifrado.
¿En esa controversia
Cómo no repararon
Que era comun la gloria
Como es comun el cambio?
Ménos la que le toca
Al inventor que sabio

Alivia la ley santa
Del penoso trabajo.

Dios impuso al hombre la ley del trabajo y el hombre ha querido aliviar el peso de esa ley valiéndose de ingeniosas máquinas. ¡Cuán dignos son de eterna fama un Fulton, que aplicó el vapor á la navegacion, un Watt que lo aplicó á las vias férreas, y tantos otros genios, verdaderos bienhechores de la humanidad! El desarrollo de la industria y la rápida marcha de la civilizacion se debe á las inteligencias privilegiadas, sin las cuales todo seria tinieblas, porque de ellas parte la luz cada vez que la humanidad da un paso en la senda del progreso. Si Guttemberg y Fausto hubieran florecido al principio del mundo, existirian por completo las producciones del genio de los antiguos y la suma de los conocimientos perdidos anticiparian el progreso de muchos siglos.

EL TABACO Y EL TE.

El Té en sus viajes se encontró el Tabaco
Y á título de viejo,
Probó de darle un paternal consejo.
Le dijo muy amable lo siguiente:
¿Cómo así, buen señor? Me maravilla
Que salga usted de la cubana orilla.
Algun asunto grave ciertamente
Lo ha traido hasta Lóndres, y me fundo
En que usted no ès amigo de ver mundo.
Temo á los gastos, contestó el *Habano*,
Y él le repuso, la disculpa admito,
Si viaja á lo mimado marquesito,
En dorados cajones
Con marcas, contramarcas y renglones,
Para que solo goce el poderoso
Su aroma delicioso.
Siga, pues, mi partido, el del mas pobre,
Que mas que el oro nos conviene el cobre,
Y andará como yo por donde quiera
En próspera carrera;
Si no, siempre ha de verse arrinconado
Muy poco conocido y estimado.
Mi querido señor, abra los ojos,
Y en gracia de mis buenas intenciones
Esta advertencia no le cause enojos.
¿Ve desde estos balcones

Un pueblo inmenso? Fáltale à lo sumo
Las hermosas columnas de su humo.
No tiene usted rival, claro está visto,
Pero si no anda listo
Otro vendrá sin mérito y es llano
Que lo derribe á usted, señor *Habano*;
Que sin las clases pobres muere mustia
Por falta de consumo nuestra industria.

Nada importa tanto al bien presente y futuro de la isla de Cuba como el cultivo del tabaco: el azúcar en que hoy cifra su principal riqueza se halla sujeto á todos los inconvenientes de una competencia verdaderamente temible porque hay muchos paises productores; mas respecto á esa planta privilegiada ejerce un monopolio natural. Puede notarse como se ha generalizado de un modo asombroso, hasta llegar á constituir un ramo de comercio en el mundo de vasta importancia, y eso que puede considerársele como un artículo de lujo. ¿Qué será el dia en que convertida la Perla de las Antillas, en su mayor estension, en una deliciosa *vega*, provea del aromático *habano* á todos los paises con abundancia y baratura, siendo las clases pobres las principales consumidoras? Cuando se trata de artículos ordinarios, que por su naturaleza no son de lujo, lo que vale es la moneda del pobre, no la onza de oro del magnate.

Pero si bella es la perspectiva que ofrece á Cuba el tabaco, respecto al engrandecimiento de su comercio esterior, ¿qué dirémos tocante á los bienes que la dispensa en su comercio interior y hasta en su existencia política y social? Su cultivo favorece la division del trabajo, bien tan grande que el talento de Adan Smith llegó á atribuirle el orígen de los valores, generaliza el bienestar, se presta á la rápida creacion de capitales, pues bastan dos ó tres años de buenos precios para enriquecer al agricultor, ó por lo ménos, permitirle prudentes ahorros; no necesita del trabajo forzado, brinda el atractivo de seguras ganancias á la colonizacion blanca, da empleo á muchos capitales y ocupacion á numerosos obreros, hace producir á la tierra en ménos estension mayores valores que otra industria agrícola cualquiera, se presta al descanso natural y á aquel bien apacible de la familia del campo que no vejeta en la miseria y el embrutecimiento; en fin, el tabaco es el magnífico presente que ha hecho Dios á Cuba para que siempre sea productora de artículos valiosos.

No se crea por lo dicho que soy partidario del esclusivis-

mo: un pais no es sólidamente feliz, si produce un solo artículo, porque cuando la suerte no le favorece en el estranjero, por alguna de las causas que determinan los valores, las heridas que recibe son mas dolorosas. Cultívese la caña, el café y generalmente todas las producciones á que se brinda nuestro suelo; pero investiguemos, veamos en la rica mina, cual es el filon del oro, cual el de la plata y cual el del cobre; esto no quita que llevemos á la fundicion los tres metales. Creo que puede existir una *vega* como yo la quisiera, embellecida por diversos árboles, y aun por hermosos bosques.

LA RANA CABALGANDO EN EL CANGREJO.

Montada en un Cangrejo iba una Rana
De llegar al pantano muy ansiosa;
Mas perdió dando vueltas la mañana
Y al fin se arrojó al suelo
Diciendo para sí con desconsuelo:
En todo muy mal sale
Quien sin necesidad de otro se vale.

Cada uno debe desempeñar por sí el empleo que tiene á su cargo, ó renunciarlo. El comerciante, por ejemplo, que confía la direccion de sus negocios á un tercero, si no tiene la fortuna de que este una la honradez á la habilidad, sufre regularmente considerables pérdidas. El magistrado que se vale de dependientes para el exámen de los procesos, cometerá por este solo defecto y sin dañada intencion frecuentes injusticias, estando á menudo espuesto á verse comprometido. De esas injusticias su conciencia no le acusará, porque tal vez no lleguen á su conocimiento; pero no por eso serán ménos lamentables para la sociedad que tiene un interes vivísimo en que los jueces sean próbidos, entendidos y laboriosos.

LOS ASNOS QUEJOSOS DE LOS FABULISTAS.

El sumo Jove escucha con paciencia
Aun al mas infeliz y miserable:
A todos los iguala su clemencia,
Cosa digna de un Dios, sabio y augusto,
Cuyo gran distintivo es el ser justo.
Á su morada celestial un dia
Fuéron los Asnos, todos los del mundo,
¡Qué bulla y polvareda se armaria!
¡Oh cuadro sin segundo!
Mas, si bien se examina,
Cuadro que fácilmente se imagina,
Pues donde quiera, en pueblos y naciones,
No es raro ver los asnos á montones.
Este daba una coz, otro un mordisco,
Otro salta, otro corre, otro se acuesta
Y pretende dormir tranquila siesta,
Otro al mirar al dios se espanta arisco;
Pero en lo general se les veia
Haciendo cada cual lo que queria,
Sin el menor respeto, descocados,
Asnos al fin de todo dispensados.
Uno saliendo al cabo del concurso,
Rebuznando muy recio,
Pronunció este discurso:
Cuentan de nos, señor, los fabulistas,
Cosas nunca pensadas, nunca vistas;

Siempre nos dejan el papel del necio.
¿No ven que sin hacerle á nadie agravio
Hay mas de un asno campanudo y sabio?
Lo campanudo, dijo Jove, pase;
Pero lo sabio no, señor Jumento,
Pues que no hay una pizca de talento.
Soltó el dios una fuerte carcajada
Que resonó en la bóveda azulada,
(No pudo contenerse, esto se sabe,
Que Jove siempre es grave)
Y cobrando el aplomo poco á poco
Así esclamó: decid al buen Esopo,
A Fedro y Lafontaine, que es de mi agrado
Que jamás se separen de mi lado.
El culto á la Verdad los hace iguales
A los sagrados dioses inmortales.
Y vosotros ¡oh míseros pollinos!
Seguid vuestros caminos;
Pero de necedad ireis cargados.
Familia asnal, del peso no te asombres,
Aquellos que se vieren apurados
Compartirán su carga con los hombres.
¿Preguntais si se vieron?
¿No notais que la carga repartieron?
Sin señalar persona conocida,
A la verdad la fábula ajustada,
Con dardos contra el vicio sazonada,
Difícil sencillez le da la vida,
Y será siempre en agradable fiesta
Contra la vil maldad una protesta.

El apólogo necesita esencialmente de la verdad, y el que lo cultive le rendirá homenaje á lo justo, aunque incurra en el desagrado de los perversos; pero no debe dirijir sus dardos á persona determinada; la crítica del fabulista es general.

LAS DOS JUTIAS Y EL MAJA.

De Cuba bella en las agrestes lomas
Un *Majá* se tragó nueve palomas,
Y tan harto quedó, que era de verse
Que no podia moverse;
Mas así, con muchísimo trabajo,
Viniendo para abajo
En busca de su cueva (que se hallaba
Donde el llano empezaba)
Topóse dos *Jutías*,
Las saludó y les dijo con agrado:
Haceos á otro lado
Que el paso me impedis, hermanas mias.
Temblando obedecieron sin demora,
Y al cabo de una hora
Todavía le miraban arrastrándose,
Poco á poco alejándose;
Y luego que de vista le perdieron
Y del susto volvieron,
Una esclamó: ¡oh amiga! ¡qué garboso,
Cortés y cariñoso
Es el buen culebron! ¡con qué ternura
Nos saludó al pasar, con qué finura!
La otrá añadió: conozco que es patraña
Cuanto refieren de él en la montaña.
Calumnia, envidia, sí, mas yo prometo
Vengar tan honradísimo sugeto,

Entre los animales pregonando,
Como si fuera un bando,
Lo que hoy ha sucedido,
Y dejará de ser aborrecido.
  Veo desde aquí la cueva donde habita
Aquel docto conejo,
De todos el mas viejo:
Voy á contarle el peregrino caso.
  Las dos entónces redoblando el paso
A la cueva llegaron con presteza,
Y asomando el conejo la cabeza,
Las escuchó primero con paciencia
Y despues les habló de esta manera:
¡Ay de aquel que confia en la apariencia!
Yo tambien vi pasar la horrible fiera.
  Rendid vuestra alabanza,
Amigas, á lo lleno de su panza
Que se hallaba repleta de tal suerte
Que no le permitió daros la muerte.
  Esto dijo, ocultóse y las *Jutías*
Corridas se quedaron
Del elojio que necias tributaron.
  La cándida inocencia
Suele llamar bondad á la impotencia,
Viéndose de este modo los malvados
Por el mal que no hicieron alabados.
  A fin de que la víctima no seas
De pérfida asechanza,
Ni te fies del malo, ni le creas:
¡A cuántos ha perdido la confianza!

El hombre prudente jamás prodiga alabanzas inmerecidas porque son sumamente perjudiciales. Si se desterrara del mundo la justa censura de las acciones de los malvados, sustituyéndole el aplauso: ¿cuál seria la suerte de los buenos, ni qué dejariamos para la virtud? La perversidad encuentra un dique en-

la desaprobacion de sus actos, dique sin el cual las pasiones se desbordarian desolándolo todo. Cosa sobremanera fea y ridícula es la alabanza interesada de ciertos espíritus mezquinos, verdaderos traficadores en incienso; pero por fortuna carece de valor: solo los elogios justos honran al que los hace y al que los recibe. El elogio del malo es una ofensa; el hombre de bien jamás quiere obtenerlo. El que prodigan las *Jutías* en esta fábula es hijo de su candor.

LA GUAJIRITA Y EL TOMEGUIN.

Juana la *guajirita*
Tenia un *Tomeguin* en su jaulita,
Y tanto lo queria y lo cuidaba
Que de él no se apartaba.
Mas en una ocasion, incautamente,
Al darle de comer le abrió la puerta
Sin cerrarla en seguida,
Y el pajarillo fuese velozmente,
(No probó ni siquiera la comida)
De la jaula á la huerta
Y de la huerta al campo ¡pobre Juana!
Cuéntalo por perdido:
¿No sabias, bellísima cubana
Lo que cuesta un momento de descuido?

Esta fábula enseña que un momento de imprevision, ó de error, puede precipitarnos en el abismo de la desgracia. El honor, la buena fama, la justa estimacion de sí mismo, la que nos dispensa la sociedad, el crédito, su inmediata consecuencia y que tanto vale al hombre ¿qué son todas estas cosas sino elementos de dicha, tesoros que podemos amontonar para nuestro propio bien aun mas que para el bien de los demás? vigilémoslos, pues, instante por instante, tan celosos de su conservacion y aumento como el avaro de su oro.

LA MUGER DE PULIDO.

Dióle un fuerte desmayo á Juan Pulido
Y cayó boca arriba, de tal suerte
Que todos calumniaron á la muerte;
[En esto de calumnias es sabido,
Segun que la esperiencia así lo abona,
No se suele escapar ni la pelona.]
Es el caso, señores, voy al cuento,
Que Rosa su mujer lloraba tanto,
Con tan tierno lamento,
Que si hubiera existido la cuitada
En los tiempos de Ulises el prudente,
Homero hubiera dicho de aquel llanto
Que estaba transformada
La viuda de Pulido en una fuente.
La mortaja pusieron
Al supuesto difunto:
Luego en el ataud le zabulleron:
De aquel barrio las viejas en conjunto
Gran rato le rezaron:
Las campanas doblaron,
Vinieron ya los padres por el muerto
Gori, gori cantando,
Y en verdad que no acierto
Cómo fué que escapó Rosa con vida
De la eterna y amarga despedida.
Mas, cuando iba pasando
El fúnebre cortejo

Junto á un naranjo viejo,
De espinas erizado,
Que en mitad del camino fué plantado,
Tropezó con el árbol Juan Pulido
Y de un robusto gajo,
¡Cosa asombrosa á fé! quedó prendido
Sin moverse hácia arriba ni hácia abajo.
Con enojos le asieron en seguida
Y en el duro estrujon halló la vida,
Y hullendo de aquel sitio horrorizado
Corrió el difunto de su esposa al lado.
Al cabo de unos dias
Murió de veras Juan ¡la pobre Rosa,
Apuró por dos veces
La copa del dolor hasta las heces!
Perdida la esperanza con la calma,
Y poniendo los gritos en el cielo,
Decia con desconsuelo:
¡Adios, dueño del alma!
Señores, ¡por piedad! en el camino
Id con mucho cuidado, porque advierto
Que será desatino
Que toque en el naranjo el pobre muerto;
Llevadlo siempre bajo,
No sea que se prenda de algun gajo.
¡Oh qué infeliz y miserable vida
La de aquel desgraciado
A quien toca una esposa fementida!
Esto acontece al necio, al imprudente
Que al hacer la eleccion obra sin juicio
Y atiende á sus pasiones solamente,
Que le llevan al hondo precipicio.

Aquí acaba mi cuento;
Pero si no te aburre,

Tu indulgencia me valga,
Y salga lo que salga,
Voy á ensartar lo que ahora se me ocurre.
La mujer que el deber ha comprendido,
Su espejo es su marido,
Y su mundo no pasa
Del recinto apacible de su casa.
Con cuidados prolijos
Es el ángel custodio de sus hijos.
Será la buena esposa,
Resignada, prudente, y virtuosa.
Se fundan su dominio y su ventura
En le dulce bondad y la ternura,
Suavísimas cadenas invencibles
De las almas sensibles.
La doméstica paz, paz deliciosa,
Es la piedra preciosa
Que coloca en su anillo
Aquella que posee
Un juicio recto y corazon sencillo.
Busca, busca con calma,
Mujer que tenga cándida belleza,
La belleza del alma,
Que es de una esposa la mayor riqueza.

No hay un asunto tan importante como la eleccion de esposa: el hombre prudente, celoso de su honor mas que de su vida, pretenderá, sobre todo, que la suya posea belleza moral, sin la que la belleza física es semejante á las exhalaciones gaseosas de los pantanos, que brillan fugaz y débilmente. Supongamos que un hombre reuna todas las cualidades que pueden apetecerse para ser feliz: un claro talento, un carácter apacible, una fortuna moderada, buena salud, y predominio sobre sus pasiones. Que sea muy apreciado de la sociedad, por cuyo bien se interese vivamente; que le rodeen amigos verdaderos; que no halla tropezado jamás con los envidiosos y los ingratos. Que profese ese tierno culto de los afectos que estrecha los lazos de la familia, aproxima al hombre á sus semejantes y es tan indis-

pensable á la dicha que sin él la vida puede compararse á un páramo lleno de soledad y de tristeza. Supongamos, pues, que este hombre pudiese encerrar en un cofre todas las satisfacciones que nacen de la posesion de esos bienes y que lo depositase en manos de una mujer. Hé aquí el matrimonio. Si esa mujer es buena y virtuosa, si le ama con sinceridad; si está bien educada, no tendrá que cuidarse del depósito y un dia tras otro dia se aumentarán las dichas comunes; pero si es al contrario, el cofre le será devuelto lleno, no de bienes, sino de amargos males.

Cuba tiene el título mas bello á la estimacion del universo: es el pais de las buenas madres de familia; no hay otro que le esceda. Nuestras mujeres, por lo comun, se puede decir que mueren para la sociedad, luego que se casan: solo viven para sus esposos y para sus hijos y comunican la alegría á cuanto les rodea en ese templo de su dicha, el hogar doméstico. ¡Noble y santa consagracion! ella es la que contribuye poderosamente á mantener vivo el sagrado fuego del amor de madre y de esposa, y á estrechar los vínculos del parentesco. Mirad esas reuniones de familia, de la que es centro muchas veces la casa de los esposos, ¡oh! algo tienen de divino: allí el padre, la madre, los hermanos, á veces el abuelo, hablan solo del bien comun y de las escenas del dia: ¡qué bello es eso, qué bello!

Pero los cónyuges son ya padres, y entran nuevos cuidados, nuevas delicias, nuevos proyectos para lo futuro. Asoma con dobles razones la idea de una prudente economía y fijan su pensamiento, no en el bien presente, ni el bien propio, si no en el de aquellos inocentes vástagos que crecen entre tiernas caricias. !Oh! un pais donde la mujer tiene honor y dignidad y es tan buena que cifra su ventura en las privaciones que le impone el deber, no puede ser jamás un pais perdido para el bien. En vuestras manos está el porvenir ¡oh madres de familia! educad á vuestros hijos, enseñadlos á ser justos, y sembrareis la semilla de su felicidad y de la felicidad social. ¡Qué glorioso es vuestro papel de madres y de esposas!

LA ORQUESTA DE LAS AVES,

O EL CUERVO MALIGNO.

Se congregaron las pintadas aves
En la linda floresta
A organizar su orquesta.
Como era natural, los ruiseñores
Pronto se presentaron,
Que por buenos cantores
Siempre en primer lugar se colocaron.
Seguian el canario y el sinsonte,
Alondras, *tomeguines*,
Y de aquellos confines
Todos los filarmónicos del monte.
Era el rayar del dia
Y un precioso jilguero presidia,
El cual dijo: señores,
Me felicito de miraros juntos
Discutir los asuntos
Que atañen á los músicos alados,
Por la voz del bien público llamados.
Sabed que cuando nace el claro dia
No hay en nosotros órden ni concierto
Y en su lugar advierto
Estruendo, confusion y algarabía.
¡Oh! Respondedme ahora,
Decidme, ¿qué dirá la blanca aurora

Que nos oye al dejar, risueña, hermosa,
Su blando lecho de jazmin y rosa?
¿Qué dirán estos montes que el renombre
Oyeron de vosotros dia por dia?
¿Qué dirá, en fin, el hombre
Que cifra en escederos su porfia?
Dirán, á lo que entiendo,
Que carece de encanto
De las aves el canto,
Y que el antiguo mérito afamado
Van los modernos pájaros perdiendo.
Para evitar tan lamentable ruina,
Si es que el don de los cielos no declina,
Ordenad una orquesta que armoniosa
Sea la mas perfecta y mas famosa,
Y proponeros quiero
Que nombreis director, que es lo primero.
Todos aquel instante
A un Ruiseñor miraron;
Mas un Cuervo les dijo:
Al señor Elefante
Por director de nuestra orquesta elijo.
Silenciosas las aves se quedaron,
Hasta que un viejo *Cao*
Habló diciendo: la eleccion es buena
Y la sigo sin pena,
El señor Elefante
Tiene sin duda un cuerpo de jigante.
Me consta su valor y mucho seso,
Esclamó una cotorra presumida,
Por muy sábia tenida.
En fin, ya la asamblea, temerosa
Del enorme animal, le habia elegido,
Cuando el noble Jilguero
¡Oh qué accion tan laudable y generosa!

Les habló de esta suerte:
¿Será dable que venga un estranjero
A ser entre nosotros el primero?
Esto nada en verdad nos ofendiera
Si el mérito á lo ménos exigiera
Tan alto galardon; mas ¿quién no advierte
Que la eleccion es necia, muy errada,
Ridícula además y no esperada?
¿De qué vale que sea el Elefante
Un animal jigante
Si en materias de canto su ignorancia
Le empequeñece tanto á nuestros ojos?
No temais sus enojos,
No temais su venganza,
Que hasta vosotros su poder no alcanza;
Y ved, en fin, que es una torpe mengua
Para un cargo importante
Elegir un cuadrúpedo ignorante
Habiendo en estos montes
Ruiseñores, canarios y sinsontes.
Las aves aplaudieron
Y á la nueva eleccion se apercibieron;
Mas el cuervo maligno
De hablar en aquel punto siendo indigno,
Dijo: yo nombro al *Gavilan* valiente
Que vive de esa sierra al otro lado,
De propios y de estraños respetado.
Todos al recordar aquel momento
Sus esposas, sus hijos y sus nidos
Temblaron de pavor sobrecogidos,
Y tal miedo tuvieron
Que al *Gavilan* carnívoro eligieron.
Voló el Cuervo al instante
Muy alegre y ufano
A pedir las albricias al tirano;

Mas ¡oh caso oportuno!
¡Oh castigo patente
De un delito reciente!
Le sirvió de sabroso desayuno,
Y ninguna otra ave
Quiso ser mensagera
Temiendo perecer de igual manera.
A menudo sucede que el malvado
Lleva la penitencia en el pecado.

Cuando al tratarse de la eleccion de un funcionario público, ó ya sea por ejemplo, del director de una sociedad anónima, se nos llama para dar nuestro voto, debemos olvidar nuestras afecciones y nuestro interes particular, atentos solo á que la eleccion recaiga en sugeto digno. El bien comun es siempre nuestro propio bien, á ménos que exijamos cosas injustas. ¿A quién no convendrá que al frente de los negocios públicos, ó de las asociaciones privadas, se hallen hombres rectos, virtuosos é ilustrados?

EL ASNO Y LOS MOLINEROS.

De un molinero se cuenta
Que á otro vendió su molino
Y como anexo, en la venta
Entró tambien el pollino.
Era algo cruel, iracundo,
Por lo qué, con gran contento,
Entró á servir el Jumento
Al molinero segundo.
En medio de su alegría,
La obligacion olvidando,
Plácemes y albricias dando
No molió trigo aquel dia;
Mas, llevó un castigo fiero
Y así esclamó en su dolor:
El primero era mejor,
Dios me libre del tercero.
Desde esta ocasion, su queja
El pobre Jumento escusa,
Bien hizo en rogar la vieja
Por Dionís de Siracusa.
Es pintar como querer
Juzgar de lo no venido,
Que vale el mal conocido
Mas que el bien por conocer.

Siempre estamos descontentos del presente; consiste en que se han llevado nuestro amor, los recuerdos del pasado y las esperanzas del porvenir.

EL PERRO Y EL TORO.

Un Perro á un Toro decia:
Dispensa que te mordí
En el bosque el otro dia,
Yo siempre tu amigo fuí.
Dióle el Toro una cornada
Que lo dejó sin sentido
Y le dijo: ¡vaya! es nada,
Yo siempre tu amigo he sido.
¡Cómo advirtió el animal
Que hay seres, que en vil concierto,
Despues de que hacen el mal.
Quieren ponerse á cubierto!

Es muy comun que la perfidia esconda su mano alevosa despues de lanzar el dardo. Hay cierta clase de hombres obsequiosos, cumplidos, y profundamente perversos, que suelen titularse nuestros amigos y que son realmente nuestros mayores enemigos. La prudencia puede defendernos de sus tiros: ella nos aconseja no prodigar nuestra amistad con aquella dulce confianza de que solo es digno el hombre cuyos nobles sentimientos conocemos á fondo. La eleccion de un amigo es el asunto mas importante, y una eleccion acertada debe considerarse en el número de las mayores venturas. ¡Qué raros son los verdaderos amigos y cuánto contribuyen á nuestra felicidad!

AMOR MATERNAL POR ADOPCION.

LA GALLINA Y LOS PATICOS.

Con el celoso afan, con ese anhelo
Que al maternal instinto le dió el cielo,
Dejando solo el nido algun momento
Para buscar inquieta el alimento,
Cubria una Gallina
Los huevos de una pata campesina,
Que cayó prisionera
Y habia sido su amiga y compañera.
Salió, pues, muy contenta rodeäda
De la tierna manada,
Y en una tarde del ardiente estío
Fuese á dar un paseo por el rio,
Que habia en sus orillas
Flores, hojas, insectos y semillas.
El agua apénas los paticos vieron
Uno á uno contentos zabulleron,
Y la pobre gritaba exasperada
Y así decia en sus lamentos tiernos:
"¡Se me ahogan! ¡socorro!
¡Hijos mios! ¡mi bien! ¡cielos eternos!"
En poco estuvo que en su pena fiera
Al charco se arrojara y pereciera.
El gallo que aquel patio gobernaba

Oyóla y vino á ver lo que pasaba,
Y la dijo: ¡qué escándalo! comadre,
Repare que no es madre,
Déjese de aspavientos insensatos,
Mire que no son pollos que son patos.
Es verdad, contestó muy afligida,
Pero con mi calor les dí la vida,
Aquí estaré, mi amigo,
Hasta que vuelvan á buscar mi abrigo.
¿Que no soy madre dice, señor Gallo?
Al hombre apelo de su injusto fallo,
Verá de su sentencia,
Que el amor no establece diferencia.
Pues, señora Gallina,
Tiene usted la razon; pero distingo,
Tratándose de un hijo literario
Es aquel que lo adopta un vil plagiario.

Muchas personas caritativas y generosas viéndose sin hijos ocurren á la Casa de Maternidad y se hacen cargo de un niño: otras amparan al huérfano, cuyos padres eran sus parientes, crece en sus brazos, llega á ser hombre, á tener una carrera y los ama con toda la efusion de un alma agradecida. En semejante caso, ¿podrá decirse que el amor por adopcion no es tan legítimo y tan fuerte como el paternal? Se diferencian en que aquel lo engendra y fortalece el trato, y en este obra espontáneamente la naturaleza.

La cuestion que presenta el asunto de esta fábula es muy debatida: no queda duda que el afecto maternal es el sentimiento mas poderoso: hasta en los seres privados de razon la madre, mas que así misma, ama á sus hijos; pero son tantos los que han encontrado en su desvalida niñez un asilo contra la desgracia en el regazo de personas estrañas, y tan dulces los lazos creados por la bondad y la gratitud, que seria una profanacion negarles esa ternura, esa estabilidad, que forma los rasgos principales del estrecho vínculo que media entre los hijos y los padres; preferible es aumentar la familia; no es, pues, un "agregado" como pudiera llamarse, que es un hijo, aquel que se sienta á nuestra mesa, que se educa á nuestró lado, cuya infancia con todas sus gracias naturales pasó en nuestros brazos y cuya suerte corre de nuestra cuenta.

EL NATURALISTA Y LAS AVISPAS.

En el insano, estrecho y triste hueco
Del tronco de un *jagüey* podrido y seco,
Las Avispas, escasas de prudencia,
Su colonia fundaron
Y sus blancos panales fabricaron.
Por la errada eleccion, poco modestas,
Tuvieron en el monte grandes fiestas.
Mas, cosa natural y no esperada,
Creció la poblacion y llegó el dia
En que confusa, inquieta y apretada
En aquel agujero no cabia:
Aumentando el *jagüey* los embarazos
Comenzó á desprenderse hecho pedazos.
Entónces, lamentando tantos males,
Esclamaban: "¡Oh míseras! ¿Qué harémos?
Si nos vamos dejando los panales
Morirán nuestros hijos desgraciados
Que aun están en las celdas encerrados.
¡Ay de aquel infeliz que en lo importante
No lleva la prudencia por delante!
¡Oh valles! ¡oh florestas!
Vaya este llanto por aquellas fiestas."
Á esta sazon ¡oh suerte bondadosa,
Nunca debe perder el desgraciado
Dos bienes: la esperanza y la paciencia!
Pasó un Naturalista por su lado

Tras una fugitiva mariposa.
¿Quién ignora que el hombre de la ciencia
Por seguir un insecto pierde un dia?
Mal dije, no le pierde, que Natura
Le muestra su grandeza y su hermosura
En la hoja, en la concha, en la semilla,
En el pez, en el bruto, en la avecilla,
Y en cuanto el mundo encierra,
En el aire, en el agua, y en la tierra.
De la inquieta colonia condolido,
Trasladó los panales cuidadoso
A un cedro, que tenia casualmente
Una concavidad muy aparente.
Franklin, en sus verdades celebradas,
Tiene una muy famosa:
"A un incendio equivalen tres mudadas;"
Mas Franklin, todo amor á la justicia,
De esta mudada una escepcion haria,
Si viviera y llegara á su noticia.
¡Qué esmero, qué paciencia, qué cariño,
Mostró el Naturalista
Con tierno afan y con amor de niño!
¡Oh! el alma del sabio
Jamás en hacer bien se muestra escasa
Y siempre oyó de todo ser las quejas.
Milagro fué, en verdad, que las abejas,
Pues son tan previsoras,
No hubieran ocupado aquella casa,
¡Tan buena era, tan buena,
Hasta para fundar una colmena!
Pero ¿creeis, lector, que las Avispas
Su noble gratitud demostrarian
Y que á su bienhechor enseñarian,
Muy léjos de ofenderle,
Lo interior de un panal por complacerle?

Pues á un tiempo crueles le picaron
Con implacable enojo
Y en poco estuvo que perdiera un ojo.
Obran los animales
Como suelen obrar los racionales.
¡Oh! siga, siga el justo su sendero,
Sin que le arredre la maldad del mundo,
Guie sus pasos un amor profundo;
Mas cubra el pecho con bruñido acero.

Los perversos tienen tan á mano la ingratitud porque con ella chancelan todas sus cuentas con sus bienhechores, sin quedarles obligacion alguna pendiente. ¡Oh! la envidia es un monstruo inexorable; pero al cabo la origina el amargo convencimiento de que se carece de lo que otro posee, y bajo este aspecto no nos inspira tanto horror. La avaricia devora solamente el corazon en que se alberga: dejad al avaro con sus privaciones: él solo las sufre; cuando mas, compadecedlo La calumnia asesta sus traidores tiros que hieren al bueno; mas ¿no brilla pronto la verdad? Oh! ni la envidia, ni la calumnia, ni la avaricia, son tan feas, tan crueles, tan inmundas como la ingratitud.

La ingratitud rompe los lazos mas sagrados; para ella no existe el dulce reconocimiento del bien que nos hacen nuestros semejantes: para ella no hay amor de hermano, ni de amigo; no hay vínculo alguno: el ingrato es un ser desligado de todo deber afectuoso, aislado en medio de la sociedad y dispuesto siempre á devolver el mal por el bien.

¡Oh jóvenes! olvidad los agravios; pero no olvideis los beneficios. Un bien, y mas ciertos bienes, forman una deuda que los corazones generosos llevan al sepulcro.

Lo mismo que un hombre puede haber pueblos y hasta naciones ingratas. Abrid la historia, cuyo estudio tanto os interesa, y vereis confirmada esta verdad. Con todo, el varon justo no retrocede de la senda de la filantropía y de la virtud: si ofreciéndose en holocausto pudiera hacer felices á sus semejantes, no titubearia un momento, y si se lamenta es porque le oprimen el infortunio y el dolor de la injusticia. Puede notarse esto: el hombre de sentimientos nobles y elevados se indigna contra los ingratos: quisiera á veces cerrar su corazon, como las conchas en que se ocultan las perlas, negándose á hacer el bien; pero pronto lo abre y ellos juegan con las perlas de su amor.

ELISA Y EL PASTOR.

Iba Elisa por el prado
Cogiendo una y otra flor,
Y así le dijo un Pastor:
Cuidado, Elisa, cuidado;
Muy bien harás si te alejas
Que cerca está un colmenar
Y aquí vienen las abejas
La dulce miel á libar.
Ella sin hacerle caso
Rióse de sus temores;
Mas pronto detuvo el paso
Y arrojó al suelo las flores,
Cruel abeja la picó
Y el Pastor dijo: no estraño,
Elisa, que halle su daño
La que su daño buscó.
Hablóle muy sábiamente,
Soy de su propio sentir:
Siempre se debe seguir
El consejo del prudente.

Un consejo puede desviarnos de la senda de la desgracia, ó precipitarnos en ella: al recibirlo debemos deducir su valor graduándolo por la autoridad que merezca la persona que nos lo da; porque puede guiarle un celo afectuoso y discreto por nuestro bien, ó miras pérfidas é interesadas. Si es un varon justo, lleno de prudencia y de sabiduría, su consejo no podrá

ménos de sernos provechoso; si es un perverso ¡ay del que lo sigue porque irá derecho á la perversidad!

Vuestros padres ¡oh jóvenes! son vuestros mejores amigos, creedlos ciegamente, confiadles todos vuestros secretos y preferid su opinion á la vuestra: no hay en el mundo quien se interese como ellos por vuestra felicidad, y además poseen la esperiencia. Oh! ¡si supiérais el tesoro de amor que encierran en sus pechos todo para vosotros; si supiérais cuantas lágrimas y penas le cuestan vuestras enfermedades y cuantos insomnios pensar en vuestro porvenir! Amadlos, procuradles horas de dulce satisfaccion con vuestro proceder y estimad como una gran desgracia darles el mas leve motivo de sentimiento. El buen hijo es padre feliz.

Despues de nuestros padres entra la autoridad del maestro: ¡Cuán respetable no debe ser para vosotros la opinion de aquel que desbasta vuestro espíritu quitándole la fea corteza de la ignorancia!

LA HOJA DEL CAIMITO.

La hoja del *Caimito*
Tiene dos faces;
Existen muchos hombres
A esa hoja iguales.
Por eso los prudentes
¡Oh qué bien hacen!
Miran de quien y cómo
Antes de fiarse.

La prudencia es la hermana predilecta de la sabiduría.

ERNESTO, Ó LA FELICIDAD.

APOLOGO

LEIDO POR SU AUTOR EN UNO DE LOS EJERCICIOS ARTISTICOS Y LITERARIOS DEL LICEO DE LA HABANA.

Ya cansado en su lucha con la suerte,
Ernesto, en el suicidio meditaba
Y el mas desventurado se llamaba.
Su tierno padre que notó su angustia,
Su afan, su insomnio, y en su frente mustia
Las huellas del dolor, le dijo un dia:
¿Ves al rey en su córte rodeädo
De fieles servidores
Dóciles á su voz?—Sí, padre amado,
Ernesto respondió dando un suspiro,
El rey es muy dichoso
Y yo... ¡muy desgraciado!—
¿Ves aquel gran señor, cuya mirada
Revela su indomable poderío?
Es del rey el valido afortunado.—
Le veo, padre mio:
¡Qué feliz es, y yo... qué desgraciado!—
¿Ves al noble magnate que orgulloso
Desprecia lo que llama la vil plebe?

En la orgia consume el tiempo hermoso
Que de la sociedad al bien le debe.—
Sí; y á pesar de todo, ¡oh padre amado!
El es feliz y yo.... ¡qué desgraciado!—
Pues mira, hijo del alma:
Si en pos de la verdad bien lo examinas,
Ni el rey, ni el favorito, ni el magnate,
Son felices, cual tú los imaginas.
Les falta lo mas dulce, lo mas bello:
Del conturbado espíritu la calma.
Pendiente de un cabello
La espada de Damocles formidable
A uno amenaza sobre el trono instable:
El otro pierde inquieto, temeroso
De su propia caida, el grato sueño
Adivinando ansioso
Los mas raros caprichos de su dueño;
Y el otro á infames vicios entregado,
Digno de compasion y no de envidia,
Ya el placer que le mata le fastidia.
Mas ven: quiero que busques el consuelo
Allí donde el dolor alza su frente
Y que dirijas oracion ferviente
Al Dios santo del cielo,
Autor de tu ventura,
¡Oh mi adorado hijo!
Disipa, sí, disipa tu amargura.
Esto el anciano dijo
Y dejando la córte y sus magnates
Fueron los dos á un hospital de orates;
Despues á otro de lázaros.... ¿qué cosa
Habrá mas lastimosa
Que el hombre á cruel dolencia condenado
De todo separado?
Ni sociedad, ni amigos, ni familia,

¡Nada para él existe!
Ah, no, ¿por qué? el grato bien alcanza
De la resignacion y la esperanza.
¡La esperanza! ¿la tiene por ventura?
Sí, cual el pez que entre la red cojido
Aun por su dulce libertad suspira;
Como el pájaro herido
Que oculta su dolor en la espesura;
O el árbol que destroza el hacha fiera
Y suele devolverle hojas y flores
La lluvia de la hermosa primavera.
¿Quién sabe? Una palabra del Etérno
Formó la tierra, el sol.... ¿Será posible
Que dejara su obra preferida
De tan horrendo mal amenazada
Y del precioso antídoto privada?
Al darle al hombre el soplo de la vida
Puso á su alrededor cuanto conviene
A su conservacion en la natura:
El gérmen de salud y de ventura
La planta mas comun tal vez contiene.
¡Oh Ernesto, hijo del alma!
Esclamó el sabio anciano conmovido:
Vuelva, vuelva la calma
Que de tu pecho ha huido.
Espera, Ernesto, contra el hado fiero
Opone el justo un corazon de acero;
Espera y vencerás la pena insana,
¿Sabe el hombre su suerte de mañana?
¡De mañana! ¿Qué digo, tú al presente
Nada debes al ser Omnipotente?
Hijos de un solo Dios son los humanos,
Mira cual sufren ¡ay! nuestros hermanos;
Y con todo, conformes con su suerte
Ninguno invoca la terrible muerte.

Aman la dulce vida,
Dulce aun en el rigor del sufrimiento,
Y en tierna y lastimosa despedida
Consagran á este amor su último aliento.
Del mundo entre los bienes y los males,
Enfermedad horrenda
No te tocó, tocóle á tus iguales,
A tus hermanos ¡ay! pues bien, compara,
Si quieres con tu suerte conformarte
Y de tus propias cuitas olvidarte.
Gracias, gracias ¡oh Dios! esclamó Ernesto
De rodillas y en lágrimas bañado:
¡No; no soy desgraciado!
¿Qué hice yo, Padre nuestro, omniscio, santo,
Cuya voz se escuchaba en el desierto,
Cuya voz formó el mundo y puede tanto
Para no verme de úlceras cubierto?
Así el sensible jóven se entregaba
A graves pensamientos,
Y solícito el padre, así lograba
Calmar sus sufrimientos;
Que no hay un solo ser en lo creado
De un todo venturoso, ó desgraciado.

Si procuramos derramar el consuelo sobre los corazones que padecen, bien podemos pasar ratos agradables hablando de cosas tristes. No puede estar de mas en una obra escrita para la educacion de la juventud, recordarle en medio de sus risueñas ilusiones y sus proyectos de felicidad, que hay muchos seres desgraciados de quienes debemos algunas veces ocuparnos. ¡Oh, cuán infeliz es el pobre lázaro! Con todo, la medicina, vasta y complicadísima ciencia, se halla muy á los principios; ¿quién duda que algun dia será fácilmente curable esa terrible dolencia?

Puesto que la sociedad aleja de sí á los lazarinos, les construye morada aparte, se encarga de sostenerlos y les prohibe toda comunicacion, se puede decir que no viven para el mundo. Figurémonos ¡qué hondos, qué desgarradores serán sus sufrimientos morales! Convendria poner á su disposicion estensos

jardines: el hombre aislado pronto se relaciona con la naturaleza: las plantas y las flores hablan dulcemente al alma. Convendria tambien que unos aprendiesen el dibujo, otros el canto, otros á tocar algun instrumento, y todos á leer y á escribir. Paréceme esencialmente necesario en todo hospital de lázaros una biblioteca compuesta de obras escogidas: la lectura es uno de los mas dulces y suaves de los placeres, uno de los remedios mas eficaces contra las penas. ¡Oh!, pobre jóven, que en la aurora de tu vida te ves separado del mundo! créate otro mundo lleno de bellas ilusiones: reparte tus horas entre las flores, la música, la lectura y la oracion.

FIN.

INDICE.

PAGS.

PAGS.


3 2044 048 080



